

Lázaro Santana

Bajo el signo de la hoguera

Lázaro Santana

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

41

BAJO EL SIGNO DE LA HOGUERA

Edición de Eugenio Padorno



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Lázaro Santana

BAJO EL SIGNO
DE LA HOGUERA
[Antología]

Islas Canarias
1989

© Para la introducción **Eugenio Padorno**

© Para el texto **Lázaro Santana**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-23-7

Depósito Legal: M. 33.357-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	11
BIBLIOGRAFÍA ACTIVA	35
BIBLIOGRAFÍA (SELECTA) SOBRE EL AUTOR.	39
NOTA PREVIA	41
<i>De</i> NOTICIA DE UN AMOR	43
1. "Llega el amor..."	45
2. "Las gaviotas"	46
3. "Pasaré yo..."	47
<i>De</i> EFEMÉRIDES	49
[EL HILO NO TIENE FIN]	51
<i>Advertencia al lector</i>	51
4. Poema para un nuevo día	53
5. La Puntilla, I	54
6. Los cuervos	60
7. Intervalo	62
8. Galileo Galilei	63
[RECORDATORIO U.S.A.]	67
<i>"mi homero de la clase fabularia"</i>	67

	<u>Págs.</u>
9. Poema para todas las noches	69
10. Sin amor y sin nadie	70
11. El Pino	72
12. Pesa la soledad	73
13. <i>The house of the seven gables</i>	77
14. Mediterránea	79
15. <i>Stranger in a strange land</i>	81
16. <i>Islands</i>	82
17. Ejemplo para un <i>Manual de supervivencia</i>	83
18. <i>The old man</i>	85
19. La vida y la brújula	86
20. Diapositiva	89

[MEMORIAL DE UN PERSONAJE OSCURO]	91
21. <i>Tyger, tyger!</i>	93
22. Que no habremos vivido	94
23. Acción nocturna	95
24. Año trigésimo	96
25. La Puntilla, II	98
26. La Puntilla, III	100
27. La máscara	101
28. La Puntilla, IV (La Torre)	102
29. Chacal solo	103
30. Pausa	104
31. Hacedor	105
32. <i>Making love</i>	106
33. Sociología del arte	107

<i>De CUADERNO GUANCHE</i>	109
34. Identidad, I	111
35. Gánigo	112

	<u>Págs.</u>
36. Algo atávico suyo	113
37. Colgada en Madrid	115
<i>De DESTINO</i>	117
[LAS AVES].....	119
<i>Para</i> Alonso Quesada	119
38. Destinos	121
39. Las Palmas, 1529	123
40. Fiesta en el Casino	125
41. Límites	127
42. Anotación, 2-5-1875	128
43. La peste	129
44. Pintor de bodegones	131
45. El último Viana	132
46. La Puntilla, V	134
47. Arena	135
48. Isla real	136
[FIGURAS]	139
49. III. Playaquemada	141
[PROPOSICIONES]	157
<i>El asunto del poema</i>	157
50. <i>Com Faust</i>	159
51. ¿Uno de Straford upon Avon?	160
52. El escultor de Keats	161
53. Estaciones, I	162
54. En el Luxemburgo	164
55. La Puntilla, VI	166
56. El último Ulises	167
57. <i>Dedicatoria [a mi mujer]</i>	168

	<u>Págs.</u>
<i>De QUE GIRA ENTRE LAS ISLAS</i>	169
58. Que gira entre las islas	171
59. Estaciones, II	172
60. Final de un día	174
61. Aniversario	175
62. Versos para una piedra negra	176
63. Melancolía de aniversario, II	179
64. El acorde	180
65. La Puntilla, VII	181
 <i>De VERSIONES Y APÓCRIFOS</i>	 183
66. Apócrifos de Catulo	185
 NOTAS DEL AUTOR A ALGUNOS POEMAS.	 195

INTRODUCCIÓN

Lázaro Santana nace en el Puerto de La Luz (Las Palmas), el 2 de mayo de 1940; gran parte de su existencia ha transcurrido junto al barrio de La Puntilla, del Paseo de Las Canteras, una circunstancia compartida con otros poetas más o menos coetáneos, pero que en su obra lírica se deja rastrear como el motivo recurrente del lugar de la visión *original* y, por tanto, del autorreconocimiento.

Aunque ha de tratarse aquí del poeta, no debe olvidarse que desde sus iniciales publicaciones en verso Lázaro Santana ha venido también cultivando la crítica, el ensayo, la traducción y el relato breve; reclamado con el paso de los años por trabajos de exégesis, sus investigaciones en el ámbito literario y artístico, se han plasmado en exposiciones y análisis de imprescindible consulta, como así lo prueban sus estudios y ediciones de Alonso Quesada y Silvestre de Balboa, además de sus numerosas monografías sobre pintores y escultores canarios. Santana —frustrado estudiante de Filosofía y Letras por dificultades de orden material— ha satisfecho, sin embargo, y con notable éxito, tareas reservadas al especialista e, incluso, al docente, pues en el curso 1967-68 fue Profesor visitante de la Universidad de Wesleyan —Conn. (USA)—, donde impartió un seminario sobre poesía española. En la actualidad es director de publicaciones de una editorial grancanaria.

Bajo el signo de la hoguera es el título que preside esta selección, y procede de un verso con el que Lázaro Santana

quiso aludir, presumiblemente, a una existencia y a una vocación creadora condicionadas por las circunstancias de un determinado momento histórico; pero ello —en nuestra opinión— no impide que pueda ser entendido, al margen de su específica causalidad y de un modo absoluto, con el significado que el devenir —a cambio de la confirmación de la autenticidad creadora— le ha conferido: asunción de un destino por la palabra, tea voraz de tiempo humanizado que se arroja a las tinieblas para iluminarlas un instante.

En el contexto de la poesía insular, Lázaro Santana pertenece a la "Generación de 1965", es decir, el conjunto de poetas que publica en torno a aquella fecha sus primeros libros y que hace su afirmación colectiva en la antología *Poesía canaria última*, realizada precisamente por quien nos ocupa —en colaboración con Eugenio Padorno— y que vio la luz en Las Palmas, el año 1966. Esta generación —¿mejor llamarla "promoción", "grupo"?— también es conocida, por lo que concierne al ámbito peninsular, como la de los "poscontemporáneos", en clara referencia a otra compilación antológica, *Poetas españoles poscontemporáneos* (Barcelona, 1974), que fue arbitrada por José Batlló, y en la que está también representada la obra de Santana. Por consiguiente, Santana queda adscrito a la tercera secuencia nominal de la poesía canaria de posguerra cuyos miembros —naturales o no de las Islas— nacen en torno al primer quinquenio de la década del 40, con excepciones que obligarían a retrotraer el límite indicado hasta el mismo quinquenio de la década anterior, coincidente con el del natalicio de los que conforman la generación precedente (Manuel Padorno, Felipe Baeza, Arturo Maccanti) o del "mediosiglo".

LA GENERACIÓN DE 1965 O DE "POESÍA CANARIA ÚLTIMA"

La conjunción de las experiencias vitales y estéticas de estos poetas se extiende, a grandes rasgos, de 1960 a 1968; entre una y otra fecha, establecidos amistad y trato, ellos protagonizan parcial y colectivamente (en Gran Canaria y Tenerife) frecuentes lecturas poéticas, inician y sostienen colecciones y páginas literarias que constituyen sus vehículos de expresión y, además, exhuman a sus "clásicos" contemporáneos.

¿Quiénes son estos poetas? La consulta del índice de *Poesía canaria última* arroja la relación siguiente: Fernando Ramírez, José Caballero Millares, Manuel González Barrera, Baltasar Espinosa, Antonio García Ysábal, Juan Jiménez, Lázaro Santana, Eugenio Padorno, José Luis Pernas, Jorge Rodríguez Padrón, Alberto Pizarro y Alfonso O'Shanahan. Por estrictas razones cronológicas, a estos nombres habría que añadir, entre otros, los de Justo Jorge Padrón, Ángel Sánchez, y Miguel Martínón, aun a sabiendas de que estos últimos fueron ajenos a las actividades de carácter grupal que —sin consignas ni programas estéticos— en mayor o menor grado cohesionó al resto.

Creemos que es en este contexto donde la obra de Lázaro Santana formula su inicial significación. (Las fuentes documentales permiten reconocer en él a un miembro condicionante y de los más activos). Parece, pues, aconsejable no pasar por alto estos "orígenes" estéticos, a fin de dejar sumariamente clarificados aspectos concernientes a la ubicación espacio-temporal, para luego ocuparnos de los derroteros que ha particularmente seguido la escritura de Lázaro Santana.

He aquí, en síntesis, el panorama cultural grancanario que recibe a los nuevos poetas y desde el que ellos han de manifestarse. Ateniéndonos a un enmarque inmediato (1955-1960), se asiste a la presentación de tres nuevos poetas:

Manuel Padorno, Felipe Baeza y Arturo Maccanti. El primero publica en 1955 *Oí crecer a las palomas*; Maccanti, en 1959, *Poemas*; Baeza, que aún al presente no ha recogido sus textos en libro, puede ser leído entre los cinco números o "Pliegos graciosos de poesía" que con el título de *San Borondón* dirige y divulga (1958-1960) desde Las Palmas Manuel González Sosa. Por las mismas fechas sale de la Escuela de Luján Pérez, ilustrada por los artistas que allí comparten su autodidactismo, ΣHMEPON, una modesta revista que aloja los primeros poemas de algunos integrantes de la generación.

Por lo que de directo estímulo pudieron tener, son de obligada mención las "Sesiones de teatro y poesía", que Juan Marrero Bosch dirigió en el Gabinete Literario y, muy en especial, las protagonizadas por Manuel Padorno, con la lectura —en abril de 1959— de sus *Salmos para que un hombre diga en la plaza* y *Quieren tañerme*, y Agustín Millares —en junio del mismo año— con poemas que luego conformarían sus *Nuevas escrituras* y *Habla viva*. Un posterior "Homenaje a Antonio Machado" pondría fin —por razones adivinables— a aquellas sesiones, a las que se deben importantísimos testimonios orales de poesía civil.

Dos de los futuros integrantes de *Poesía canaria última*, irrumpirán a continuación en el marco de la lírica gran Canaria: Manuel González Barrera obtiene en 1960 el premio "Alonso Quesada" por su libro *Mar humano* y Antonio García Ysábal se hará con el tercer premio en los Juegos Florales que se celebran en Las Palmas de Gran Canaria al año siguiente.

Las últimas manifestaciones citadas son prácticamente simultáneas con la marcha de Lázaro Santana a Madrid para realizar el servicio militar. Y es a partir de su regreso, en 1963, año en que el poeta publica su primer libro (*Con la muerte al hombro*), cuando empiezan a producirse los

estímulos conducentes a actividades de signo supraindividual.

¿Qué aglutina, en principio, a quienes encarnan esta nueva lírica? Sin duda, la aceptación de escribir una poesía *canaria*, y no como consecuencia de una indagación deliberada de lo autóctono, sino como el hallazgo de la respuesta solidaria de una concienciación ceñida a la dimensión psico-geográfica en que aquella respuesta es ideológicamente formulada.

En 1963 Lázaro Santana y Fernando Ramírez dan al público *Frente al muro*, de Saulo Torón, un poeta que había permanecido hasta entonces en voluntarioso silencio; esta brevísima entrega es la primera de "Tagoro", colección que aquéllos han emprendido y codirigen con un gesto de reconocimiento que allegan hasta Alonso Quesada, de quien editarán un volumen con su *Poesía completa* (1964) y Domingo Rivero, a quien consagrarán un número de *Homenaje* (1966).

"Tagoro" da a conocer, entre otros, libros de Fernando Ramírez (*Mar que yace*, 1964 y *La piedra y el recuerdo*, 1965), y del propio Lázaro Santana (*Noticia de un amor*, 1964), además de Juan Jiménez (*La canción necesaria con María C*, 1966), Antonio García Ysábal (*La soledad y el amor*, 1966 y *Relatos*, 1970), Manuel González Barrera (*Afirmación y acercamiento mi isla*, 1966) y Baltasar Espinosa (*Los días*, 1968).

"Mafasca", la otra colección del grupo, fundada en 1964, dará al lector títulos de José Luis Pernas (*Hombre aprendiendo*, 1964 y *Vértigos 6 y medio*, 1976), Eugenio Padorno (*Para decir en abril*, 1965 y *Septenario*, 1985), Alfonso O'Shanahan (*Elegía y testimonio*, 1967), Jorge Rodríguez Padrón (*Geografía e historia*, 1968) y Ángel Sánchez (*Cresta sónica*, 1976). La colección dedicará también a Domingo Rivero un volumen colectivo titulado *Pictografías para un cuerpo* (1977 y 1981).

Las páginas culturales de los periódicos grancanarios suplen por entonces la inexistencia de una revista; y cuando ésta se materializa (diciembre de 1969) en *Fablas* —que tendrá precisamente en Santana a su más denodado y exigente redactor—, tal logro se revela un tardío reaglutinante que no puede impedir la —acaso— natural y ya iniciada disgregación de los intereses del grupo. “Cartel de las letras y las artes”, suplemento del *Diario de Las Palmas*, había sido fundado (1962) por Manuel González Sosa, y éste, en octubre de 1965, cede su cuidado —hasta marzo de 1967— a Lázaro Santana; luego se harían cargo de la página Alfonso O’Shanahan y Eugenio Padorno, para retornar a su fundador y, de nuevo, a Santana.

“El séptimo día”, de *El Eco de Canarias*, fue fundado en 1967 por Fernando Ramírez; y después fue responsabilidad de Justo Jorge. El “Viernes literario”, de *La Provincia*, fue ideado y sostenido (1968-1969) por Jorge Rodríguez Padrón, y luego pasó a manos de Alfonso O’Shanahan.

Un repaso a estas páginas, y especialmente a “Cartel”, pondría de manifiesto que allí no sólo tuvieron acogida las polémicas mantenidas por aquellos jóvenes poetas con quienes de idéntica vocación les precedían en el tiempo, sino también las que ellos sostuvieron entre sí; propiciadas por alguna novedad editorial, el motivo desencadenante suele ser la distinta consideración de la función del poema; como ocurre en la poesía peninsular del momento, la canaria también se planteaba —en anuncio de lo que más tarde habría de llamarse, y no muy atinadamente, por cierto, poesía de “lenguaje”— el dilema de identificar o no en lo testimonial la razón de ser de la escritura poética. Y esas páginas son también la mejor documentación para quienes se sientan interesados en conocer el “tono” con el que el primer Lázaro Santana da principio a sus colaboraciones no poéticas: críticas y reseñas de libros —de escritores coterráneos, preferentemente— en las que el análisis, expuesto con franca disidencia, hace hincapié en cuanto ilustre ingenuidad expresiva o mera contradicción ideológica.

Por otra parte, no faltan —para quienes exijan actitudes y estereotipos dialécticos generacionales— otros ejemplos de públicos posicionamientos encontrados; así, en el verano de 1965, tienen lugar en el Real Club Victoria de Las Palmas dos insólitos “juicios”; el primero, en torno a la poesía de Agustín Millares; el segundo, en torno a la de Pedro Lezcano; las objeciones, que pretendían contrastar resultados estéticos y “buenas intenciones”, fueron formuladas por Manuel González Barrera, Juan Jiménez (participantes en los dos actos), Lázaro Santana (en el primero) y Eugenio Padorno (en el segundo).

Unos meses antes de los actos que acabamos de citar, se había publicado *Poemas*, un delgado volumen que recoge los textos premiados en el concurso de poesía “Tomás Morales” —de la Casa de Colón de Las Palmas— en la convocatoria de 1964, y allí figura el conjunto con el que Lázaro Santana había optado al galardón: *Siete elegías personales*.

En junio de 1966 Jorge Rodríguez Padrón inicia en “Cartel” una serie de artículos con el título de “Nueva poesía” y en ellos formula las características de aquella oleada lírica a través de las estéticas más diferenciadas del grupo. El estudio dedicado a Lázaro Santana (*Diario de Las Palmas*, 20 de octubre y 3 de noviembre del año arriba citado) concluye con la —por entonces— última de sus publicaciones: *El hilo no tiene fin*, libro que para el poeta, por repudio de las entregas precedentes, en adelante pasará a ser el *primer* registro de su bibliografía.

Y es en agosto de este mismo año, cuando se lleva a cabo, en El Museo Canario de Las Palmas, la lectura colectiva que, tras el correspondiente ofrecimiento editorial, acelerará la publicación de *Poesía canaria última*.

LA ANTOLOGÍA

Guiados por un criterio histórico-estético que al mismo tiempo obviara la redacción de cualquier tipo de manifiesto, Lázaro Santana y quien esto escribe compartieron la responsabilidad en la selección de poetas y poemas. Si hoy una zona de *Poesía canaria última* se muestra estéticamente redundante, puedo asegurar que tal reparo era informulable al original convenido para impresión. (Muchos años más tarde, tratado el caso de una posible reedición del libro, se constató que el proyecto era inviable, de ajustarse a las condiciones que —en broma, naturalmente— se habían replanteado los antólogos: ofrecer una nueva edición “coregada y disminuida.”)

A unas primeras y comunes influencias (Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, César Vallejo, Jorge Guillén, Miguel Hernández), habían ido superponiéndose, según la sensibilidad de cada cual, las de libros más o menos novedosos: el *Don de la ebriedad*, de Claudio Rodríguez; las *Profecías del agua*, de Carlos Sahagún; *Diecinueve figuras de mi historia civil*, de Carlos Barral; *Conciencia*, de Luis Fera; *A la sombra del mar*, de Manuel Padorno; *La memoria y los signos*, de José Ángel Valente y algún otro.

Como hemos de ver más adelante, la obra de Luis Cernuda representó un auténtico y fecundo descubrimiento, ya que —como supone en el caso de Lázaro Santana— recondujo la concepción del poema por vías hasta entonces no atendidas. La escritura de Cernuda, configurada en gran medida por la poesía inglesa, devolvía especularmente el recuerdo de la de Quesada y Rivero, y la impresión de creación “traducida” advertía de los distintos niveles de percepción y formulación estéticas; finalmente, vino a corroborar este espesor de creación verbal el conocimiento de Cavafis (de quien Lázaro Santana devendrá años más tarde un impecable traductor) y Quasimodo: el sustrato mítico en el que se apoya la obra de ambos poetas invitaba al establecimiento de ciertos paralelismos con la impenetrabilidad de nuestra

historia, también zarandeada por los estímulos de distintas culturas.

Ventura Doreste —prologuista de la antología— llegará a la conclusión de que casi todos los allí congregados “dan razón narrativa del mundo en que viven”, y que tal forma de enunciación se puede descomponer en los siguientes rasgos: *a)* el poema se formula en el presente o evoca un pasado no distante; *b)* el poema, que suele contener un testimonio y un juicio histórico, es unidad superior de ideación y escritura, y *c)* el poema y la realidad se relacionan a través de un “nosotros”.

No cabe duda que los caracteres apuntados por Ventura Doreste en la primera etapa de la obra de estos poetas son, consiguientemente, rastreables en las entregas de Lázaro Santana que hoy resultan inaccesibles para el lector; me refiero, naturalmente, a *Con la muerte al hombro*, *Noticia de un amor* —título del que excepcionalmente se ofrece aquí alguna muestra— y *Siete elegías personales*. Si dichas publicaciones no alcanzan —a juicio de su autor— el nivel exigido por una autocrítica rigurosa, encerraban en su misma ejercitación la posibilidad de “transformación” estética que ha llevado a su ulterior rechazo.

El hecho de que se trate de libros primerizos no los descalifica enteramente, pues —desde una perspectiva actual— es posible tender el puente de la “reconocibilidad” de una trayectoria estética. Algo más que simple tributo al intimismo, *Con la muerte al hombro* puede ser leído como un hacer verbal disciplinado por el esquema formal del soneto, experiencia que se prolonga en la entrega siguiente. Irradiada hacia el espejo de la colectividad, en esa *Noticia de un amor* se ha atendido a las estructuras libres que ofrece el acto mismo de escribir, y al logro de una llamativa fluidez en el encabalgamiento, ha de añadirse la notoria expresividad confiada a abruptos rompimientos versales. Si en las *Siete elegías personales* se traza un más amplio círculo de solidaridad humana, ellas son la explicitación de

la crisis —adiós a la infancia y a la juventud— con la que el poeta afronta un cambio para su escritura.

La oportunidad de la mirada retrospectiva, coincidente con el momento de la madurez, lleva a efecto la autocondenación de estas primeras publicaciones para hacerse en adelante con una adecuación de poesía y verdad biográfica. Por su valor de balance confesional, y como registro del nuevo rumbo estético, entresacamos algunos juicios que acerca de sí mismo y de su obra expuso el poeta en la Universidad de Yale, en una comunicación que un poco más tarde sería reproducida ("Cartel de las letras y las artes", 28 de febrero de 1968) como "Palabras leídas por Lázaro Santana en la clausura de un curso sobre poesía española contemporánea". Aun cuando el poeta no había ciertamente llevado al verso la beligerancia del compromiso político, no decae en la libertad de hacer uso del tratamiento social si éste viene exigido por el "germen" de su motivación. En suma, es evidente que Santana sostiene ahora ante la pre y post-escritura poéticas (creación verbal y público lector) una reflexión menos dada a fáciles concesiones. Así, el hecho de la comunicabilidad de la poesía es reformulado con una matización:

Cada vez creo menos en mis posibilidades actuales de comunicación. Y de esto sí cabe deducir que cada vez escribo menos poemas que puedan interesar a otras personas, y más poemas que sólo tienen interés para mí o, a lo sumo, para otra persona.

Sobre la razón, origen y carácter del escribir afirma:

Asúmase que escribo para los demás, partiendo de aquellas experiencias mías que detentan carácter colectivo o, dicho de otra manera: de aquellas que puedan servir como testimonio de mi tiempo en un tiempo futuro (...) La poesía que escribo es una poesía realista, donde el hombre (...) asume el papel de protagonista, sin coturno ni máscara,

exactamente al nivel y en el tono de su miseria y de su grandeza, o, más probablemente, en el de su mediocridad.

Y, finalmente, a propósito de las más decisivas influencias, confiesa:

Antonio Machado y Luis Cernuda. Del primero, que empecé a leer cuando yo contaba trece o catorce años, aprendí a interesarme por lo anecdótico, lo trivial de la existencia humana, que es lo que configura a la larga la visión más auténtica del mundo (...) Por esta misma fecha (1964), leí *La realidad y el deseo*, y debo confesar que en ninguna otra ocasión había quedado yo tan deslumbrado por un libro como por éste (...) Siempre he creído que la actitud ética manifestada en una obra debe estar respaldada por la ética de la propia conducta. Y de cuantos poetas conozco y admiro, ninguno me ofrece, como Machado y Cernuda, la seguridad de que así haya ocurrido en ellos.

LA OBRA POÉTICA

Las publicaciones poéticas de Lázaro Santana no constituyen bloques cerrados; en ellas se observa, por el contrario, la interdependencia propia de un trabajo acometido "palabra a palabra" y sujeto a una continua revisión. Por lo general, cada libro guarda respecto al que le precede y sigue la idea de una construcción eslabonada: retoma composiciones del conjunto anterior y anticipa piezas de la entrega futura.

Dos títulos tienen el carácter explícito de antologías; nos referimos a *Efemérides*, aparecido en 1973, y *Destino*, publicado en 1981. El primero recoge poemas datados entre 1966 y 1972; cada uno de esos años abre a modo de sección sus siete partes respectivas, y en ellas fueron redistribuidos,

con ligeras modificaciones de títulos y versos, poemas procedentes de *El hilo no tiene fin*, "La Puntilla" —poema ampliado respecto a su publicación por separado en 1967—, *Recordatorio USA* y textos que —de acuerdo con un plan primitivo— componían el *Memorial de un personaje oscuro*, título necesariamente silenciado por el criterio de presentación cronológica de *Efemérides* y que la presente antología restablece.

Destino es una colectánea que consta de tres partes: *Las Aves*, publicada como libro en 1979; *Figuras*, con algún poema anticipado en revista, y *Proposiciones*, sección prácticamente inédita hasta entonces.

Además de sucesivas ediciones ampliadas de traducciones de Cavafis (1970, 71 y 73), completan la bibliografía de Lázaro Santana los siguientes títulos: un *Cuaderno guanche* (1977), *Que gira entre las islas* (1985) y unos "Apócrifos de Catulo" (1987).

* * *

La obra poética de Santana tiene como hilo conductor la indagación de lo "canario"; tema primordial de su escritura, tal intento de esclarecimiento desborda consecuentemente el estricto género poético para presidir las actividades ensayísticas e investigadoras del autor. Y esa búsqueda le ha deparado el hallazgo de una *contemporaneidad*, el diálogo —en una tradición "interna", como propia— con los poetas canarios aceptados como *clásicos* y que han hecho identificable un "lenguaje" críticamente asumido por Santana; nada importa que poetas de otras geografías hayan también contribuido a indicar a Santana el camino de este autosignificar; en cualquier caso, se trata de poetas que deben lo excepcional del rasgo de su *marginalidad* a circunstancias que singularizan globalmente el proceso de lo que llamamos cultura canaria.

Desde una actitud de predisposición amorosa ante el mundo, la obra de Santana deviene una implacable obser-

vación de la historicidad (mejor: ahistoricidad) del ser isleño y de su condición humana, con un punto de focalización psicológica que es humanamente semejante a aquél —en el mundo pero fuera del mundo— desde el que sostuviera su hastiada contemplación insular Alonso Quesada. Repasaremos ahora algunos hitos de esta trayectoria.

En el verano de 1969 sale de las prensas la antología *Poesía canaria, 1939-1969*, de la que es responsable Lázaro Santana. El enfoque histórico y el procedimiento de elección de textos —muy próximos uno y otro a los seguidos por José María Castellet en su *Un cuarto de siglo de poesía española*— desencadenarían inmediatamente una acaloradísima polémica en el yermo intelectual de las Islas, por argumentos que concernían más a las exclusiones que a la teoría ideológica que las explicaba. Ceñido a la metodología que se había impuesto, el poeta —de nuevo en funciones de crítico— cumple con aquélla y ofrece una muy completa y consecuente visión de la poesía canaria, ya que —como atinadamente terció Manuel González Sosa en la prensa de aquellos días— se trata de un “trabajo al que nadie podrá negarle esta otra virtud: su voluntariosa independencia de criterio”.

Lázaro Santana había intentado mostrar en la citada antología el *sentido* de la historicidad —sincronía de un existir ideológicamente consciente y de la palabra poética— siguiendo la evolución de un realismo que se remontaría hasta Domingo Rivero y Alonso Quesada, y cómo esa línea testimonial se quiebra en ocasiones por escuelas, movimientos y autores que han encarnado el “retroceso”, el “desviacionismo” y la “efimeridad”, rasgos precisamente solidarios de una parte del espectro de la joven poesía española del momento, a la que, con humor y rencor, y en el contexto de otro ensayo, Santana no se privará de llamar “poesía del *campinpop*”.

Progresivamente reclamado por el estudio y difusión de la obra de Alonso Quesada —anticipador de datos auténti-

camente reveladores para la definición del ser insular— Santana continuará en una labor de ordenación de materiales que —culminada con la edición en 1986 de la *Obra Completa* de este clásico de la poesía canaria— fue propiciando mientras tanto variadas y escrupulosas aproximaciones al tema: *Epistolario de Unamuno y Alonso Quesada*; *Gabriel Miró, cartas a Alonso Quesada*; *Alonso Quesada y el Partido Liberal canario*, etc. Este trabajo de veinte años de dedicación no sólo ha permitido a Lázaro Santana recobrar y fijar la imagen de aquel insular inconformista, hipercrítico y —por decirlo con sus palabras— “atípico”, sino que —con otros estudios complementarios— ha venido a facilitar el acceso a un mejor conocimiento de los azares constitutivos de la Modernidad en las Islas. La creación lírica de Lázaro Santana es indesligable del recorrido trazado por sus análisis históricos, y en modo alguno podía ser ajena a la específica problemática del ser y existir canarios: su poesía exige una lectura encaminada por el acontecer cotidiano, pero que sepa sin embargo abrirse paso en aquellos parajes atormentados por el mito.

Nuestro objeto es ahora detenernos ante los libros poéticos de Santana y ayudar a la memoria del lector en la contextualización de los mismos.

“EL HILO NO TIENE FIN” (1966)

El rasgo fundamental de este libro es su deliberada *impersonalidad*, pese al subjetismo de su contenido. Recordemos las palabras pronunciadas por el poeta en la Universidad de Yale —que transcribíamos más arriba— y, especialmente, aquéllas en que asume la expresión “realista” de su quehacer, un modo de enunciación que para una gran zona de la poesía española de entonces habría que retrotraer hasta Antonio Machado. El realismo declarado por Lázaro Santana es un dar cuenta de la historicidad, previa una toma de conciencia que esclarezca el sentido del presente (frecuen-

temente espejado en el pasado) y que permita vislumbrar asimismo la posibilidad de otro destino colectivo. Como indican las conclusiones del ensayo de la época, es cierto que para el escritor en general lo autobiográfico constituye un elemento primordial para hacerse con el sentido de la historia, a cambio de que finalmente la experiencia personal se objective y aparezca difuminada en el lector la impresión de individualidad, por una proyección dialéctica del presente en el pasado, o viceversa. ¿A qué otra cosa había aspirado el —por entonces— recién descubierto Cernuda de *Desolación de la quimera*, en coincidencia con Cavafis, T.S. Eliot y Brecht?

En la "Advertencia al lector" que abre *El hilo no tiene fin* se ofrece un claro ejemplo de *distanciamiento*, técnica que, en "Los cuervos", difumina su alusividad en un apólogo. En otras ocasiones la catarsis es buscada a través del simbolismo de determinados personajes, como ocurre en "Galileo Galilei", poema en el que, por otra parte, se materializa uno de los procedimientos más usados por Santana en el futuro: el monólogo —a la manera de Robert Browning—, en el que un "personaje" expone la reflexión de orden privado a la que le ha abocado una precisa circunstancia. Al servicio de la narración, la poesía de Santana amplía aquí su concepción textual, en relación con el laconismo que caracteriza a las composiciones cronológicamente anteriores.

Por último, el libro contiene tres textos —numerados— de idéntico título: "La Puntilla"; pasarán a ser las tres primeras partes de un poema que, seguido de otro dedicado a "Alonso Quesada", componen el folleto que con aquel mismo rótulo se publica en 1967, y que parece augurar, dada la recurrencia temática, todo un libro futuro. A lo largo de esta antología los *fragmentos* de *La Puntilla* invitan a la lectura de la imagen arquetípica de la posesión y desposesión paradisíacas.

"RECORDATORIO USA" (1971)

En esta antología figura casi íntegramente representado este breve y hermoso libro. El título evoca la estancia del poeta (durante el Curso 1967-68) como profesor en Connecticut. Es una etapa formativa de indudable importancia; las páginas de las hemerotecas guardan traducciones poéticas (Donne, Browning, Hughes) que sin duda significaron para Santana una actividad complementaria en el aprendizaje del inglés.

Como se anuncia en su pórtico, hay en este *Recordatorio* el trasfondo de un viaje mítico: el de la aventura de la sensibilidad que abandona el país natal y a él retorna, no sin haber opuesto resistencia —como Ulises— a oscuros llamados.

Los momentos de ocio los ocupa el poeta en ultimar una proyectada antología de la poesía canaria en la que se indaga la evolución realista de esta lírica. Santana viaja y descubre nuevos paisajes, tras de los que, por contraste, indefectiblemente se adivinan los contornos de motivos insulares: "El Pino". Otras veces la evocación es inseparable del sentimiento de la soledad, angustiosamente expresada en "Sin amor y sin nadie" y, sobre todo, en "Poema para todas las noches", del que no dejamos de sugerir una lectura superpuesta a "Poema de un nuevo día", de *El hilo no tiene fin*. Hasta las composiciones de concreta incitación americana exhiben en su razón de ser la dependencia de la rememoración de lo lejano.

Dispuesto a rehuir el trato interprofesoral, una sola razón le acerca a sus colegas: el inquirir noticias sobre Cernuda, a quien dedica un homenaje ("Pesa la Soledad") que recuerda una situación específicamente quesadiana. En el plano humano, el hecho más relevante que el destino depara a Santana es el conocimiento personal de Jorge Luis Borges, por quien desde tiempo atrás sentía una incondicional admiración. Fruto de este encuentro es "La vida y la brújula",

impresión en verso de una conversación que el poeta mantuvo en privado con el autor de *El Aleph*, y que con idéntico título también fue recontada y divulgada en forma de artículo (*Ínsula*, Madrid, núm. 258, mayo, 1968).

En cierto número de poemas se observa la supresión de signos ortográficos, recurso que libera a los textos de una intelección unívoca. Por el contrario, en "The House of the seven gables" el blanco tipográfico que hiende verticalmente al poema impone al lector el recorrido de una mirada conducida a través de esa *grieta*, en identificación imagística con el rancio y decadente escenario.

"MEMORIAL DE UN PERSONAJE OSCURO" (1970-1972)

Es éste el título inédito de un libro escrito entre 1970 y 1972; una selección de sus poemas fue trasvasada, sin mediar aclaración, a *Efemérides*, tras *Recordatorio USA*, en estricta sucesión cronológica.

Junto a su valor intrínseco, el libro nos da un completo panorama de los intereses estéticos que en un momento determinado solicitaron la atención del poeta, y cuáles suponen posterior continuidad. Lo más relevante de esta observación sincrónica se refiere a la dimensión temporal sobre la que se vehicula el poema. El tiempo del poema coincide con el presente *real* ("Pausa", "Hacedor"); el presente es el punto de partida para recuperar un pasado personal (que se traduce en nuevas variaciones de "La Puntilla") y, especialmente, punto de partida de la derrota hacia una mitificación telúrica ("Sociología del Arte"). Ausente la dimensión de futuro, la experiencia de lo íntimo pasa a asentarse en una cada vez más escéptica conclusión —por una más lúcida comprensión— del escribir y del significado de lo escrito: el primero queda reducido a un gesto; el segundo, al involuntario enmascaramiento de una figuración. "Estamos despidiéndonos / conscientes de las breves /

estampas que nos quedan", se lee en "Que no habremos vivido". Todo parece preludiar la aceptación de unas pocas y reconocibles metáforas. El "Tyger, Tyger!" del visionario Blake ha abierto la secuencia y anunciado el resto: monotonía vital, poesía como tema del poema, buscado anacronismo...

"CUADERNO GUANCHE" (1977)

Antes que consecuencia de una planificación previa, este *Cuaderno* es el resultado —como lo explica el autor— de la recolección temática de un tipo de meditación histórica en la que "el lirismo y la ironía se ceden mutuamente sus herramientas constructivas o erosivas". La escritura de estos poemas se inicia a partir de 1964, año de datación de "Identidad I", texto al que ha de seguir la espaciada divulgación, en periódicos y revistas de Las Palmas, de otros cinco poemas; un séptimo ("Gánigo") había sido recogido en *Recordatorio USA* y los tres restantes pasarán a formar parte de *Las Aves*.

"Colgada en Madrid" ilustra un ejemplo de motivación —en absoluto excepcional— de la poesía de Santana, especialmente atenta a la expresión plástica; ahora es una arpillera de Manolo Millares; antes lo ha sido una pintura de Antonio Padrón; más tarde será un lienzo de Cristino de Vera...

El *Cuaderno* es una mesurada contribución a la misma necesidad de introspección histórica que justifica e hizo posible, en 1976, la celebración de un "Primer Congreso de Poesía Canaria" y la redacción de un discutido "Manifiesto del Hierro".

Lo "canario" está tácitamente presente en Santana desde los inicios de su escritura poética: acaso sería mejor decir que la precede, ya que es el marco conformador del auto-

relato de un existir, y que luego, vuelto referencia *consciente*, se transformará en clave explicativa de un *destino*.

"LAS AVES" (1979)

Las *aves* del título son el símbolo ejecutante de una depredación ontológica o, si se prefiere, de postradores regateos humanos; ensañadas y voraces, estas mensajeras de augurios nefastos —trajeron, han traído, traerán la peste y otros males— cuidan, sin embargo, de que sus víctimas —prometeicas— sobrevivan, eternamente moribundas.

Tres versos podrían sintetizar el escenario y la índole de los protagonistas —mejor agonistas— del libro:

Una ciudad, la mía, de destino;
una vida, la mía, sin destino.
Un espectro, mi pueblo, sobrevive.

Las Aves deben a T. S. Eliot, y concretamente a *The Waste Land* —poeta y poema que en alguna ocasión relacionara Santana con Alonso Quesada y sus *Caminos dispersos*— la idea del "lugar de la experiencia" infernal —aquí la Isla, la ciudad "bajo nubes de plomo"— donde mágicamente se entrecruzan vida y muerte.

Al mundo privado se ciñen esas "meditaciones" que en forma de monólogos —anónimos o no; reales o atribuidos— se enlazan en el libro, y en ellos no hay un solo signo dinámico del existir; en ellos sólo es constatable una existencia engastada en un tiempo al que la inacción de unos y la devastadora acción de otros han vuelto circular, repetible, definitivamente sustraído a una epicidad reivindicativa. Desde este *inmóvil* tejido textual —donde el futuro es el regreso del presente, que es la repetición del pasado— hablan, confundidas, desde lo real y lo mítico, muchas voces, únicamente distinguibles para Tiresias: pocas viven, las más han sido ya vividas. Seres a los que paradójicamente queda

el ansia absurda de entrar en un laberinto, aunque sólo fuera por así librarse de la contemplación del gesto de hastío infinito que reitera una galería de espejos.

En *Las Aves* el tema de lo canario obtiene su más crítico y duro planteamiento, y tal condición es allí asumible con la resignación de una "fatalidad inexcusable", de acuerdo con el ejemplo solidario de Alonso Quesada, a quien el libro se encomienda.

"FIGURAS" (1979)

Figuras es el segundo libro de los tres que componen *Destino*, y es la suma de tres extensos poemas (hacen un total de más de mil versos) que allí carecen de título y se suceden con numeración romana.

En continuidad de procedimientos con *Las Aves*, se parte en "I" de un monólogo, que en "II" admite otra voz paralela y en contrapunto, y que en "III" ya se ha transformado en breve acción dialogada. En los primeros se expresan protagonistas de la Conquista, y lo hacen con el cinismo que les concede la intimidad de sus respectivas evocaciones: son dos seres de ultratumba, dos máscaras de ambición satisfecha que declaran desde el mismo presente del poeta y de su escritura. El tercer poema, que es el que recoge esta antología, había aparecido como adelanto de *Destino* en la revista *Hora de poesía* (1980) con el título de "Playaquemada", aquí restablecido por sugerencia del autor.

"Playaquemada" presenta en un esquemático diálogo un suceso acaecido en Lanzarote durante el siglo XIV. Cuenta el historiador Viera y Clavijo que la reina Ico, para obtener la sucesión a la corona de su hijo, hubo de demostrar la nobleza de su origen (acusada de ser fruto de la relación adúltera de su madre con un navegante vizcaíno) por medio de una prueba: debía ser encerrada con tres villanas en una gruta a la que un humo sostenido haría irrespirable. Escapar

con vida a tan cruel imposición significaría la ratificación de su nobleza, e Ico lo consigue; en verdad había seguido el consejo de una anciana: entrar en aquel aposento letal con una esponja cargada de agua y respirar a través de ella. En la versión poética de Santana no comparece Faina, madre de Ico, y es a ésta a quien se atribuye la relación adúltera con un navegante. La razón de Estado hace que Ico acepte hipócritamente la prueba del humo y el ardid, convenidos con nobles, sacerdotes y pueblo. Santana se ha valido de lo arqueológico para transformarlo en una crónica pasional de aire contemporáneo y, en cualquier caso, da de la noticia —histórica o legendaria— una explicación psicológica nada inverosímil.

"PROPOSICIONES" (1979-1980)

Es el libro que cierra *Destino*. Su antecedente es —a nuestro juicio— el *Memorial de un personaje oscuro*.

En *Proposiciones* hallan una personal concreción la media docena de metáforas que han servido a la vertebración de la poesía universal. Como se insinúa en una variación de las "Estaciones", esta poesía se ha ido haciendo a cambio de la progresiva disipación de los rasgos distinguidores de una existencia; es más: el que ésta haya elegido la opción de ser dicha por la escritura significa ser ya irremediablemente *desde* ella, quedar humanamente excluido de la posibilidad de abrazar cualquier otro quehacer menos determinante. Pero esta condena ("Com Faust", "¿Uno de Straford Upon Avon?") deja ver en sucesión la imagen de quienes también la padecieron, y la ironía la aligera.

La poesía de Santana ha practicado un profundo viraje hacia la fenomenología; asistimos a una creación que vigila corrosivamente su proceso, que atiende a la materialización gráfica, a la reticulación de palabra y silencio, a la luminosidad y transparencia. Para el poema, la realidad existe porque es

interiorizable y el mundo íntimo existe porque es exteriorizable: solidariamente son por y en el texto, espacio en el que —se diría— el afuera y el adentro intercambian sus respectivas ubicuidades.

"QUE GIRA ENTRE LAS ISLAS" (1985)

No es un libro elegíaco, si bien la muerte y evocación de un ser querido recorren muchas de sus páginas, circunstancia que el lector identificará en "Versos para una piedra negra".

Compuesto por seis variaciones —de la segunda recibe título el conjunto—, es por su simbolismo la colección más intensa y compleja de Santana.

El mismo título nos es ofrecido como consecuencia o complementariedad de una *proposición* que desconocemos en toda su extensión. Sabemos aquello que ha sido traído a presencia por la escritura y en ella únicamente es, con exclusión de sus causas: sólo (mar) *que gira entre las islas* (como la mente en torno del poema, que es en el papel un archipiélago de signos). Y el poema que se dice en su proceso ahora es experiencia de lo simultáneo, un espacio de tránsito de lo Real y lo Imaginario, de lo Visible y lo Invisible: espejo de la *otredad*. Léase, por ejemplo, "Final de un día" y se tendrá, en síntesis, la reversión y la esencialidad impresionista buscada por Lázaro Santana: el mundo siendo y disipándose, fijo para el conocimiento, en la súbita luz de unas pocas palabras. Un lector de Wallace Stevens o de Mallarmé gozaría, sin duda, de una posición ventajosa a la hora de resolver, pertrechado de ciertas claves, los intrincados instantes en que esta Poética de la Inteligencia construye sus analogías.

“APÓCRIFOS DE CATULO” (1987)

Estos escritos menores y de circunstancias suponen una recurrencia temática de tono humorístico; nacidos para burlar bajo el efecto de la imitación, la mención directa de hechos y personas, lo caricaturesco de la vida cultural madrileña y canaria —correlatos de Roma y Verona— ha proporcionado al poeta, con el paso de los años, los episodios y anécdotas que constituyen el variado exorno de este ramillete.

El “Informe” que antecede a las supuestas versiones recrean una verosimilitud que nos atreveríamos a calificar de borgeana, por la resuelta y sólida trabazón de lo ficticio y lo biográfico. De Catulo sólo tienen estas variaciones —ese carácter les concede el autor— la “ligereza” de expresión y la mordacidad. Ya *Efemérides* ofrecía la lectura de algunas de estas piezas, e incluso la revista *Camp del’arpa* (Barcelona, núm. 9, septiembre, 1974) dio de las mismas una más amplia muestra, adelante que originó el secuestro de la publicación y el procesamiento inmediato del editor y del poeta, acusados de escándalo público.

Los “Apócrifos” estaban dispuestos para impresión en 1977; por distintos motivos su publicación se demorará diez años.

* * *

La ausencia de un filosofar propio ha regateado carta de naturaleza a la cultura canaria, ámbito en el que la poesía, con su Verdad humanada, se ha consentido labores supletorias de una metafísica, o así al menos permite afirmarlo la índole interrogativa de la reflexión de Domingo Rivero y Alonso Quesada. Sin querer decir con ello que ahora nos encontremos, a propósito de la obra de Lázaro Santana, con una poesía “filosófica”, sí es evidente que ella describe —como ya habíamos anticipado— una muy desvelada meditación sobre el ser insular, respuesta —airada o serena;

inculpatória o exculpatória— de la condición moldeadora de un *destino*.

De extraordinaria consistencia crítica, esta poesía trasciende lo particular y se hace inteligible entre lenguajes afines de la contemporaneidad; al tiempo que ilustra un vector generacional de la poesía canaria de posguerra, su evolución es mostradora de los problemas estéticos y éticos que han pesado en la creación verbal de nuestro tiempo.

EUGENIO PADORNO

BIBLIOGRAFÍA ACTIVA

POESÍA

Con la muerte al hombro. Col. "Rocamador", Palencia, 1963.

Noticia de un amor. Col. "Tagoro", Las Palmas, 1964.

Siete elegías personales, en *Poemas* (apud Ignacio Quintana y Domingo Velázquez). Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1965.

El hilo no tiene fin. Col. "El Bardo", Barcelona, 1966.

La Puntilla. Dibujos de Antonio Padrón. Ediciones El Museo Canario. Col. "San Borondón", Las Palmas, 1967.

Recordatorio USA. Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1971.

Efemérides. Col. "El Bardo", Barcelona, 1973.

Cuaderno guanche. Ediciones J.B. Col. "Paloma atlántica", 1977.

Las aves. Col. "Fablas", Las Palmas, 1979.

"Playaquemada", en *Hora de poesía*. Barcelona, núm. 13, enero-febrero, (1980).

"The house of the seven gables", en Gallardo, José Luis: *Negro sobre blanco*. Col. "Mafasca para bibliófilos", Las Palmas, 1980, pp. 35-39.

Destino (1973-1980). Col. "Hiperión", Madrid, 1981.

Que gira entre las islas (1981-1984). Col. "Hiperión", Madrid, 1985.

Apócrifos de Catulo. Col. "Ultramarino", Las Palmas, 1987.

ENSAYO Y TRADUCCIÓN

Poesía de Alonso Quesada. Edición de---. Col. "Tagoro", Las Palmas, 1963.

("Breve muestra de la poesía grancanaria"), *Caracola*, Málaga, núms. 156-157, octubre-noviembre, 1965.

Homenaje a Domingo Rivero. (Edición de---). Col. "Tagoro", Las Palmas, 1966.

Poesía canaria última. Antología. (Selección de--- y Eugenio Padorno). Prólogo de Ventura Doreste. Ediciones El Museo Canario. Col. "San Borondón", Las Palmas, 1966.

Poesía canaria. Historia y antología. Col. "Tagoro", Las Palmas, 1969.

Poemas eróticos (C.P. Cavafis). Selección y traducción de---. Edit. Inventarios Provisionales, Las Palmas, 1970.

Epistolario de Unamuno y Alonso Quesada. Ediciones El Museo Canario. Col. "San Borondón", Las Palmas, 1970.

Constantino P. Cavafis. 50 poemas. Versión, prólogo y notas de---. Col. "Visor", Madrid, 1971.

Plácido Fleitas. Dirección General de Bellas Artes. Col. "Artistas españoles contemporáneos", Madrid, 1973.

Constantino P. Cavafis. 75 poemas. Versión, prólogo y notas de---. Col. "Visor", Madrid, 1973.

Pedro González. D.G.B.A. Col. "Artistas españoles contemporáneos", Madrid, 1973.

Antonio Padrón. D.G.B.A. Col. "Artistas españoles contemporáneos", Madrid, 1974.

Prehistoria de Manolo Millares. Ediciones de El Museo Canario. Col. "San Borondón", Las Palmas, 1974.

Las inquietudes del hall, de Alonso Quesada. Edición y prólogo de---, Las Palmas, 1975.

Informe sobre Alonso Quesada. Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1976.

Juan Guillermo. D.G.B.A. Col. "Artistas españoles contemporáneos", Madrid, 1977.

"Notas sobre arte canario", en (AAVV) *Canarias, siglo XX*. Edirca (Madrid), Las Palmas, 1983.

Cristino de Vera. Coedición de "Fablas" y Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife (Las Palmas), 1978. Segunda edición ampliada: Edirca. Las Palmas, 1986.

Alonso Quesada y el Partido Liberal canario. Col. "Fablas", Las Palmas, 1980.

Gabriel Miró, cartas a Alonso Quesada. Edición y notas de ---. Edirca. Col. "Biblioteca de rescate", Las Palmas, 1985.

Alonso Quesada. Obras completas. Edición y prólogos de Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria (Madrid), 1986. 6 vols.

Felo Monzón. Gobierno de Canarias. Las Palmas, 1986.

Modernismo y vanguardia. Edirca. Col. "Clásicos canarios" (Madrid), 1987.

La plata verde. Col. "Alegranza", Las Palmas, 1987.

Perfil de oficinista. Edirca. Col. "Cultura viva de Canarias", Las Palmas, 1988.

Visión insular. Edirca. Col. "Cultura viva de Canarias", Las Palmas, 1988.

Insulario. Versos y prosas (de Alonso Quesada). Edición de Lázaro Santana. Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias. Col. "Biblioteca Básica Canaria" (Madrid), Islas Canarias, 1988.

Espejo de paciencia, de Silvestre de Balboa. Edición y prólogo de Lázaro Santana. Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias. Col. "Biblioteca Básica Canaria" (Madrid), Islas Canarias, 1988.

BIBLIOGRAFÍA (SELECTA) SOBRE EL AUTOR

Amusco, Alejandro: "*Las Aves*". *El Ciervo*. Barcelona, núm. 356, 1980.

Benítez Inglot, Luis: "Sobre *Noticia de un amor* de Lázaro Santana", en *Diario de Las Palmas*, Las Palmas, 29 de septiembre de 1964.

Doreste, Ventura: "Prólogo" de *Poesía canaria última*. Ediciones El Museo Canario. Col. "San Borondón", Las Palmas, 1966.

Duro del Hoyo, Andrés: "*Efemérides*". *Árbol de fuego*, Caracas, núm. 76, julio, 1974.

Espinosa, Baltasar: "Responsabilidad en la poesía de Lázaro Santana", en "Cartel de las letras y las artes", *Diario de Las Palmas*, Las Palmas, 4 de octubre de 1967.

Frontera, Guillén: "La voz de Lázaro Santana", en *Última hora*, Palma de Mallorca, 11 de noviembre de 1966.

Gallardo, José Luis: *Negro sobre blanco*. Col. "Mafasca para bibliófilos", Las Palmas, 1980, pp. 35-39.

García Ysábal, Antonio: "Notas sobre creación poética. *El hilo no tiene fin*", en "Cartel de las letras y las artes", *Diario de Las Palmas*, Las Palmas, 24 y 31 de mayo de 1967.

González Sosa, Manuel: "Lázaro Santana habla de su último libro: *El hilo no tiene fin*" (entrevista), *El Eco de Canarias*, Las Palmas, 19 de noviembre de 1966.

Nuez Caballero, Sebastián de la: "Tendencias de la poesía canaria de posguerra", en (AAVV) *Noticias de la historia de Canarias*. III. Cupsa editorial, Madrid, 1981, pp. 231-234.

Padorno, Eugenio: "Lázaro Santana regresó de su aventura americana" (entrevista), en "Cartel de las letras y las artes", *Diario de Las Palmas*, Las Palmas, 26 de junio de 1968.

Piera, Pepe: "Sobre dos poetas canarios", en *Las Provincias*, Valencia, 14 de abril de 1974.

Rodríguez Gago, Víctor: "Retratos (Lázaro Santana)", en *Canarias* 7, Las Palmas, 19 de marzo de 1989.

Rodríguez Padrón, Jorge: "Nueva poesía. IV. Lázaro Santana", en "Cartel de las letras y las artes", *Diario de Las Palmas*, Las Palmas, 20 de octubre y 3 de noviembre de 1966.

— "A propósito de *Las Aves*", *Diario de Las Palmas*, Las Palmas, 8, 15 y 22 de noviembre de 1980.

— "Ochenta años de literatura", en (AAVV) *Canarias, siglo XX*. Edirca (Madrid), Las Palmas, 1983, pp. 136-140.

NOTA PREVIA

La presente antología se ciñe a una ordenación cronológica, esto es, a la fecha de publicación de cada libro y no —como de hecho se daría en numerosos casos— de acuerdo con la datación de la divulgación pre-original, en periódico o revista.

A los poemas ha incorporado su autor alguna modificación, casi siempre de orden ortográfico.

"The house of the seven gables" no se transcribe con la disposición versal que consta en *Recordatorio USA*, sino con la dada a conocer en un estudio sobre el poema, relacionado en la bibliografía sobre el autor.

"Playaquemada" es el título con que primeramente se publicó el poema que en *Proposiciones* se identifica como "Figuras III" (véase la bibliografía del autor).

Se observará que los "Apócrifos de Catulo" no constituyen un conjunto de poemas, sino —como "La Puntilla"— un solo texto organizado en partes.

Al no tratarse de una edición crítica, se ha prescindido de este tipo de aclaraciones. Las notas que sobre algunos poemas siguen a la antología pertenecen a Lázaro Santana, y han sido extraídas de las respectivas publicaciones, las anuncia un asterisco después del título.

E. P.

De

NOTICIA DE UN AMOR

1

LLEGA el amor, declara
su presencia, se extiende
por la sangre, lo mismo
que una mancha de aceite sobre el agua.
Nos abre la alegría, la mantiene
en vilo, como un tiempo
futuro; nos levanta
una herida rotunda sobre el pecho
por donde las palabras se salvan como locas.

...Para un día cualquiera
amanecer tan solo como un pájaro
bajo el frío polar del abandono.

2

LAS gaviotas
de la tarde, las rezagadas
gaviotas sobre el mar. La lejanía,
la niebla azul, los montes, con la tarde,
con su última luz, todo
se ha quedado tan quieto entre las sombras.
Humedecido el tiempo, la tristeza
amarilla, lo mismo
que el día aquel de otoño, ¿dónde alcanzo
la vida, dónde puedo
sentirme ya a seguro de la muerte,
regresado
al tiempo de la dicha, y no mirarme
tan solo como el mar,
igual sobre la playa,
inútilmente hablando y esperando?

3

PASARÉ yo, el próximo
destruido, el de ojos
de ceniza, ojos
donde la muerte tiene
su fidelidad copiada, como
un vuelo de gaviotas
sobre el mar.

Pasaré yo, el
hombre, la sombra,
la cal y
el silencio: el pasto
para el hambre
de Dios.

Y quedarás
tú: el brote
revelador, el grito
limpio, el nuevo
hecho.

La brasa
necesaria
para que no se apague la eternidad.

De
EFEMÉRIDES

[EL HILO NO TIENE FIN]

ADVERTENCIA AL LECTOR

*EL posible lector de estos poemas
debe tener presente
que lo que aquí se cuenta, en forma
fragmentaria, difusa y, a múltiples
luces, insuficiente,
son hechos espigados en capítulos
distintos de una larga historia
de carácter privado,
aunque sus puntos
de contacto con públicos más amplios
en diversos sectores
de nuestra buena —y aun de nuestra mala—
sociedad, sean frecuentes, y fácil
—por tanto— que se adviertan
semejanzas con hechos conocidos,
personas y lugares
santos y menos santos, como
hijos, al fin, de un tiempo mismo y una patria igual.*

POEMA PARA UN NUEVO DÍA

POR la mañana, abro
 los ojos, oigo
 el sosegado sueño
 de mis hijos, siento
 el peso
 de mi mujer, casi
 sobre mi corazón.

Un soplo
 de luz, el ladrar
 del mismo perro
 madrugador, el titubeante
 ruido de un motor desvencijado,
 penetran
 la habitación, se confunden
 con el soñar
 de mis hijos, con el aliento
 de mi mujer, casi
 sobre mi corazón.

Así
 empiezo a vivir
 cada día:
 no sintiéndome
 solo.

LA PUNTILLA, I

I

ERA el año cincuenta, en el comienzo
casi de nuestra vida, cuando
todavía chiquillos y las piedras
de tus calles andábamos. La historia
empieza un día cualquiera, cerrados
los tantos libros —lastre
que a nuestra fantasía ata
unas horas al banco
de la escuela—; franqueadas
de improvisó las puertas
al fabuloso mar y al confinado
alcance de su espuma:

La Puntilla y su mundo
de rontos pescadores sin edad,
tallados rostros por la sal y el viento,
mordidos por las lluvias, pies descalzos,
toscos, a la corteza
del árbol semejantes;
viejas casas rajadas
por el sol, a la calle
abiertas, los zaguanes
sórdidos rezumando

olores de pescado y aparejos;
anchas mujeres de piel seca y luto
con niños sucios y mocosos
a la cintura abarquillados.

En aquel tiempo, cuando éramos chicos,
ciertamente existía
el miedo, la miseria, el hambre, todo
cuanto persiste aún como una sombra
tras de nosotros. Pero,
viejo barrio de sol, nada pesaba
directamente sobre nuestros hombros.

Vagábamos, diablitos diminutos,
amos de nuestro reino, por las rocas
oscuras de la orilla
corriendo tras un pez, súbito rayo
de luz entre dos aguas; o tendidos
en el lecho caliente de la arena,
con el mar todavía
colgado en nuestra piel como un olor,
mirábamos pasar graves gaviotas
blancas entre el celaje del crepúsculo,
de negro a rojo igual que un fuego.

Más tarde, merendábamos el gofio
con azúcar y aceite —patrimonio
común, aquellos años,
de los chiquillos pobres bajo el signo
de la hoguera nacidos— que en el fondo
de las maletas habían guardado nuestras madres.

Así fortalecidos, éramos
hazañosos piratas
—espada de madera, trapo rojo
en la frente (no hacía falta
desgarrarnos las ropas)— y abordábamos,
no galeones repletos

de oro, ni torres litorales
—tal como en las películas hacía
nuestro héroe, el Corsario Rojo—
sino algún descuidado
chiquillo de otro barrio que los límites
del nuestro traspasaba.

Dejábamos el campo
del ocio con las sombras
primeras de la noche.
La curva femenina de la playa
nos miraba partir —rota cuadrilla,
exhausta, pero viva— como
de un corazón la sangre.

En tanto,
viejo barrio marino, van subiendo
tus hombres a las barcas, y las barcas,
ebrias luciérnagas, resbalan
sobre el oscuro lomo de las olas.

II

Condición de la dicha es ser efímera.
Dura su goce apenas
lo que la vida de una flor cortada.
Perdida nuestra adolescencia,
el milagro cesó de ver el mundo
por aquel lado limpio que otro áspero
perfil nos ocultaba.

Apenas unos años en nosotros
han señalado el golpe
de su paso; y las ruínas ya somos
del que fuimos ayer. Al disgregante
acto de abrir los ojos a la vida
del hombre, nuestra
libertad —que era

la del viento—, sin otra
frontera que el suelto ímpetu
de nuestra sangre joven, en conforme
celda yace olvidada.
Allí también los sueños que a la sombra
forjamos de tus muros oxidados,
viejo barrio marino: pétrea
lágrima levantada sobre el mar.

III

*He aquí que mi infancia ha muerto
y, sin embargo, yo vivo.*

SAN AGUSTÍN

Ya la nativa luz de aquellos años
primeros de tu oficio adolescente
no la posees: lejos brilla y al margen,
donde ya nunca puedas
volver a hacerla parte de tu vida.

Pero cuando excesiva pesadumbre
del trajín diario agobia
tus días, vuelves
por estos húmedos senderos
para buscar aquí la vieja estampa
de niño, el aire que te restituya
y unifique sus rotos
fragmentos, en tu misma
memoria tan dispersos.

Lentamente caminas
por la playa, y en la arena
fugaz huella tu paso va dejando
que el mar borra. A tu lado adviertes
deslizantes presencias

de nuevos cuerpos que te sustituyen,
y voces nuevas cuya algarabía
el mar incendia de la tarde.

No estás con ellos; sin embargo,
todo parece igual: las mismas rocas,
las mismas nubes quietas y doradas,
las gaviotas que pasan soñolientas
con su grave volar; las olas grises
cuya cima de espuma, ávidamente,
la arena absorbe. Nada
aquí encuentras distinto
a como era antes, cuando tú
eras parte de todo.

Mas si tus ojos ves como en el fondo
cercano de un espejo,
míralos sin el brillo
de la alegría descuidada,
quemados por las horas de lectura
a la luz de una vela, cuando en vano
respuestas requerías y tan ciego
apaleabas la sombra: advierte, entonces,
que sólo tú no eres el que eras.

Inmutable es el tiempo,
el mundo, comparados
a la vida del hombre. Sólo éste
abate su esperanza,
los hermosos dominios de su vida
adolescente, los oscuros
corredores de aquella fortaleza única
por más que otros persistan tras su paso.

(Tus hijos te prolongan,
pero en ellos no vives:
ajena existencia tienen
a la tuya, aunque su origen seas).

Y nada hacer puedes. La vida sigue
indiferente a cuanto excluye de su paso.

Pues que viviste el tiempo aquel, y el mago
mundo de La Puntilla
aún tu corazón llena
del acre aroma del mar, vive
ahora este nuevo tiempo, pródigo
porque vives; apúralo
antes de que las sombras
penetren en tu espíritu y lo rindan,
ya sin barrio marino
donde el recuerdo vibre con su música
nunca olvidada.

LOS CUERVOS

(Otro apólogo)

*Ay, qué triste
es la guerra!
Uno se expone a perder
un pie en ella.*

BERTOLT BRECHT

MÁS tarde, cuando todo
hubo pasado y el viento
arrastró los olores de la pólvora,
fueron llegando los cuervos, voraces
augures del infierno.

Picaron
con fruición, lentamente, lo que había
quedado sobre el campo: hombres muertos
vencidos
y vencedores, todos
en confuso montón sobre las ruinas.

(Dejaron
sensatamente a un lado
cañones y banderas, todo cuanto
sería de difícil digestión,
aplicándose

sólo a aquello que era
familiar desde siempre a sus narices).

Luego, cuando tuvieron
bien repleto el estómago, calmada
su sed hasta la hartura, levantaron
el vuelo, y dieron gracias
a Dios
por todas las mercedes recibidas.

INTERVALO

24-25 de Diciembre

ÉSTOS son días
 de mover las palabras más hermosas: amor,
 paz, felicidad. De estrechar
 cordialmente la mano del vecino, ofrecer
 nuestra ayuda, la casa que tenemos, el calor
 fraternal de nuestro vino. Poner
 en riguroso olvido los rencores, los pequeños
 odios que nos distancian, y hacernos
 solidarios del resto
 de los hombres.

Pero mañana, una vez
 rebasado este bache
 de alegría, este ingenuo
 creer en la esperanza como un niño,
 volveremos
 a componer la máscara, a gritar
 las palabras del coro: odio,
 guerra, muerte y otras tantas
 que son la vida del hombre.

Después
 de un intervalo sabiamente dispuesto,
 la comedia
 reanuda su trama.

GALILEO GALILEI

TAL si el aire pesara
sobre mí: dura losa
o el pensamiento. Escucho
las voces, mas no entiendo
qué dicen o disponen.
Ante mis ojos pasan
colores, rostros, gestos
airados, persuasivos
y vanamente alegres.

Pero soy yo el origen
de esa alegría. Cuanto
he dicho, las palabras
contrarias a mi fe,
a mi trabajo, así
los han sobreexcitado.

Tantos años de lucha
para acabar en esta
farsa, de la que soy
actor y responsable:
no hechos a mi medida
los disfraces que exhibo,
las mentiras que admito
como verdades para

salvaguardar mi vida,
aunque sí yo a su justa
estatura medido.

No sé qué dirá el tiempo
futuro de mí (acaso
de mártir o de héroe
me califiquen). Mas,
de estos hombres que ponen
su celo en convencerme
de mi error, en salvarme
el alma inmortal del fuego
eterno, ¿qué dirán?

Sujetos a costumbres
invariables, que nunca
discutieron, y en cuyos
moldes fueron sus cuerpos
forjados, y sus mentes,
¿cómo puede verdad
opuesta a sus principios
crecer y hacerse fuerte
en ellos?

No culpables
de crimen: sí de fieles
guardianes del buen orden
que viven, su defensa.

Como el hombre que anda
entre nieblas, a ciegas
caminando, tan sólo
a su mundo interior
atento, se sorprende
cuando el sol, penetrando
aquel humo, dispersa
la ficción y descubre
cuánta hermosura en torno

se oculta, así mis ojos,
limpios de niebla ahora,
la realidad advierten
de los hombres y el tiempo
en que viven y vivo.

Pero inútil es todo:
nuestra doble algazara
por mi retorno al pródigo
hogar de la verdad
y de la fe; la inocencia
de estos hombres, mi cierta
culpabilidad,
 pues,
aun a pesar mío, el mundo
se mueve.

[RECORDATORIO USA]

*mi homero de la clase fabularia
mi viejecito terco y arbitrario
quién te diría a ti quién te diría
nada tú lo inventaste mi viejo y sedentario*

*el viaje y la pelea los hombres y las sombras
fue un juego junto al fuego junto al vaso
de vino quién desdeña el guarecido
de itaca y se va a troya mi cansado*

*rapsoda quién se apunta a la guerrilla
del monte como un perro solitario
mi viejo y mentiroso qué soñaste
tu cabeza es un grillo astuto y trasgo*

*tú nada viste viejo nada sabes ¿qué Ulises?
me resigno con ser llama en el palo*

POEMA PARA TODAS LAS NOCHES
(Conneticut River)

POR la noche, abro
los ojos, oigo
cómo llama el viento
en los cristales, el lejano
sonar del río de las grandes
mareas; veo
cómo danza la sombra
entre los árboles, cómo el tenue
rayo de luna cae
en silencio, lo mismo
que si el alma en pena fuera
de la vida.

Cierro
los ojos, busco
ansiosamente el cuerpo
que me falta, los familiares
ruidos de mis hijos, la voz
del mar
abierta siempre, flor
perenne ante los ojos.

Y toco
el vacío, la noche, la inocente
soledad.

Middletown, Conn.

SIN AMOR Y SIN NADIE

*Tierras de amor en lejanía, siempre
llenas de luz para mis ojos crédulos.*

ALONSO QUESADA

DURO oficio vivir
exilado del aire
nativo, de la tierra
hacia la que uno crece
con los años; de la gente
que tratas
allí a diario, aunque en mucho
tiempo ese trato
fastidiara; largo
el día
si ven los ojos sólo terca nieve
cayendo,
nunca un tibio
rayo de sol abrirse: flor
amarilla en la oscura selva
de las horas; tortura
la soledad, como sed, cuando en noche
sin término, por fría
sábana rueda el cuerpo
como una sombra en pena,
sin amor y sin nadie.

Pero hay siempre un aroma,
un sonido (el mar, casi a diario
me llega una carta),
un recuerdo (ese árbol al pie
de la ventana, copia
de otro cuya sombra ancla en la isla)
que el tiempo que así vivo
sin paz, lo hace soportable.

Middletown, Conn.

EL PINO

BAJO la nieve yace
cuanto esplendor ayer
se alzara por el aire.

Sólo tú tienes
mástil fuera del tiempo
verdor perenne.

Los ojos que a la vida
nacieron a tu sombra
como llama te miran.

Luz en el hondo espacio
del sueño. Pino: faro
en el nocturno del cuerpo desterrado.

Middletown, Conn.

PESA LA SOLEDAD**(Luis Cernuda)***Primero*

MIRO mis versos, hechos
con amor y con llama
bajo su mármol. Mudos
respiran en el polvo
que el tiempo le acumula.
Unas amarillentas
hojas que sólo aguardan
mi muerte para ser
dispersadas, lo mismo
que aves por la tormenta.
Sin embargo, eso es hoy
toda mi vida: la única,
la mágica alegría
que aún tengo.

Lejanos
quedan los días jóvenes
para el placer: la fiesta
del vino y la canción
sobre la húmeda yerba
del estío. Pasaron
como sombra de nube,

como gota de lluvia,
su realidad apenas
perceptible. (¿Fueron
únicamente sombras
del deseo los cuerpos
hermosos y el afán
de poseerlos?)

Pesa ahora
la soledad, el ocio
helado de mis manos.
En sus terribles horas
¿qué habría de cubrirme
más que ellos, mis versos?
La vida al hombre cede
un instante de dicha.
El resto es el recuerdo
de ese tiempo, que nunca
nos abandona.

Y tal persiste
el sonido en el aire
cuando la voz se apaga,
así la ilusión moza
de mi vida perdura
debajo de ese polvo.

Pesa la soledad,
pero alivia el recuerdo.

Segundo

Es ahora el otoño:
en Mount Holyoke los olmos se deshojan
mansamente dorados en la orilla
de la laguna. En la terraza
que da al agua —propicia al tibio sol—
hablan alto los viejos profesores,
"Hai! How are you?"
"Very well! Thank you! And you?"

con músicas y risas no muy firmes,
sombras remotas
cruzando entre otras sombras.

Ninguno te recuerda, ni supieron
quién eras, salvo que eras alguien
ajeno a sus maneras académicas,
díscolo en aceptar la disciplina
de *partys*, las alegres ferias
de gansos con corbata.

"¿Mr. Cernuda? ¿Aquel señor tan raro
que no hablaba con nadie y que iba a clase
si le daba la gana? Sólo Concha
lo trataba: ella lo trajo."

"Oh, Mr. Santana, are you teacher in Wesleyan?"

"What? Ah sí yes"

"...?"

"Am sorry, I not speak english."

En exilio no sólo de tu patria
sino de cualquier tierra, la belleza,
la verdad fue tu vasto mundo,
y a ellas te entregaste como a suerte
ineludible, al margen del negocio
que llamamos vivir entre vecinos.

Si en tu tierra tu gesto no entendieron,
negándote amistad los que querías,
rechazando tú a muchos por ambiguos,
¿había de entenderte aquí esta gente
metálica,
ahormada por el tiempo aprovechable?

Extraño entre ellos fuiste
sin trato de excepción: en todas partes
fue extranjera tu forma de existir.
¿Héroe tú? Nada más lejos de tu ánimo.

Un hombre, simplemente, con su amor
y su fe: voces cuya exacta
traducción fuera tuya únicamente.

Lo que mis ojos miran,
álamos, arces, abedules;
lo que mis pies recorren,
aulas, pasillos, biblioteca,
no conservan ya el aire enamorado
de tu sombra, la lucha del deseo
y la realidad (máscara
cruel como invento
del hombre en paz con sus prejuicios);
sin embargo, a veces una luz
nos sorprende en mitad del laberinto.

Es el otoño ahora en Mount Holyoke.
La fiesta continúa. Un hombre
camina en soledad sobre la yerba
húmeda de setiembre. Un español
—qué importan nombres— piensa
en España: belleza es la derrota.

Mount Holyoke, set., 1967.

THE HOUSE OF THE SEVEN GABLES

(Hawthorne)

*The house was quiet and the world was calm.
The reader became the book; and summer night
Was like conscious baing of the book.*

WALLACE STEVENS

DURANTE muchos años la casa permanece.
Con esplendor severo al principio; menguante
su gala en posteriores épocas: su externo
azar nada difiere al de los moradores.
Ahora crece el musgo en la pared, y buscan
acomodo los cuervos en los hoyos que el agua
ha cavado. Del vasto jardín en el buen tiempo
cubierto de profusos colores y perfumes,
sólo un olmo subsiste, y contados arbustos
que florecen el aire del hechizo: no en vano
los años y la usura transcurrieron, herraje
hostil en carne viva. Pero aun en los días
más crueles, cuando ceden a invencible infortunio
(crimen, ruina, dolencias) los miembros valederos
de la familia Pyncheons, su apariencia mantuvo
inalterable el hueso de los siete tejados.
Un ánimo infrangible ajeno a la fortuna

humana, prevalece en el ser de la piedra,
la madera: el hogar (cuyo origen refieren
oscuro y sanguinario); en sus límites nace
y muere un mundo autónomo que no frecuenta el habla
estridente, ni el trato excesivo de pueblo
mercader.

Así Hépsilah, miope, vieja y reumática
Pyncheons, la solitaria y última, habla al espejo
turbio mientras dispone su atuendo. Luego baja
los escalones, entra, derrotada y doncella,
a ejercer el oficio que la mantiene: su
tienda de diez centavos.

MEDITERRÁNEA

*Wer wenn ich schrie,
hörte nich denn aus den Engel
Ordnungen?*

RAINER MARIA RILKE

¿QUIÉN, si ahora gritara, escucharía
mi voz
en la región celeste?

Inhábil

navegante —éste es el día:
el humo del hogar asciende de las olas,
fuerte su olor de pan y de nostalgia:
las familiares voces te reclaman. Necesariamente
para que todo sea cumplido
debes
desocupar tus brazos de ese cuerpo
hermoso como vino
tocado por la luz;

conducir

tu barco

breve mar de aventura
claudicante a pesar
de perplejas sirenas o de lúcido
ojo

que propia astucia lo eclipsara
al sueño

vencedor
fingido de también fingidos dioses
que decretan:

Itaca Itaca ¿qué tierra
es ésa
donde la costumbre aguarda
el combate
falaz aguarda

la vejez
sobreviene y la pericia
para cultivar huertos y el ocioso tiempo
(Circe mujer te dejo aquí una lágrima)
con simplemente la piel
de las ciruelas para
dorar la historia?

(Penélope ah
difunta belleza sobreviviente aún
al azar del tiempo
cosida al arar
del tiempo descosida
cuántas veces

fiel en tu oficio
esperadora casta inevitable amor
con perros ladrones o sumisos
pretendientes
guardianes de la casa la virtud).

Ah libre

inexorable
nuestra historia acontece. ¿Qué inventados
peligros aún podrían detenernos: quién
si ahora gritaras "permanecer en tierra"
me oiría,
en la región celeste?

New York

STRANGER IN A STRANGE LAND

(Robert A. Heinlein)

CUANDO tus pies se afirman en la tierra
extranjera (extranjero tú en ella) y con su gente
hablas y con sus vidas vives y con su música
cantas con sus pasiones trabajas te haces libre

(un cuarto a medianoche un cuerpo amigo
unos dólares discos bourbon yerba
la ciudad y sus árboles oboe
de la carne y del aire adolescente y frío)

el mar y sus nostalgias de isla en isla
buscan sitio en el lecho donde amas lees finges

Argonauta de nuevo a tus asuntos
pisas la vieja piel del fiel navío y abres
las velas a su establo de los pinos

¿ves esa tierra extraña forastero? es la isla.

Middletown, Conn.

ISLANDS

(Homenaje a Poe y Melville en el metro de Cambridge)

EL metro es un pretexto o laberinto. El río
imagen sucesiva del presente. Las piedras
oscuras de los viejos edificios conectan
con el aire de ayer y de mañana. Un mismo

cuerpo lleva ebriedad a lo que toca. El hilo
nos conduce sin máscara y a veces nos acerca
a la sima del vaso donde hay sol y hay yerbas
que crujen como carne adolescente. Frío

los días acumulan mientras pasan y vuelven
en el vagón de cinco centavos. Duras páginas
se llenan de pisadas de cuervos y en la plata
del río surgen mástiles con las banderas verdes.

Cuando del metro emerges los miras y sonríes
escéptico: las islas que prometen no existen.

"

Boston

EJEMPLO PARA UN *MANUAL DE SUPERVIVENCIA*

ERÓSTRATO

poeta preterido

con dura obstinación año tras año
por consejo
de ancianos venerables
que juzgaban sus obras no propicias
para elevar el alma de su pueblo
a ejemplo de los dioses

optó un día

por el suicidio

viendo la tiniebla

de su tiempo fugaz alrededor,
virgen la belleza de sus fábulas.

En la llama que enciende puro aceite
de oliva

arroja el fruto agrio

de su ingenio,
el fervor que mantiene
en pie el cuerpo como imán
el aire.

*Acaso el fin más racional del espíritu
sea acabar consumido por su propia materia,*

piensa

Eróstrato mientras invade
el fuego
vasta zona de sueño y de trabajo.

¿Malicia de los dioses con los hombres
que interfieren su juego? He aquí a Eróstrato
inmortal (vivo en nuestros días)

—ciertamente

con nulas referencias
biobibliográficas—

no como poeta,
sí

como lunático incendiario
del templo donde Diana
la piedad y la orgía contemplaba
del pueblo de Éfeso

hacia el año 350 a. de J.C.

THE OLD MAN

(Cavafis)

TRANSITAS viejas calles
donde un perfume (nardo
o aceituna)
lo extinto rememora
como un fulgor nocturno.
De la vida ¿qué dura
más que un goce común
a través de los años,
la desdicha o fortuna
de los hombres? No sacia
la sed sino agua. Inútil
buscar otro pretexto.
La taberna, recuerda,
la piedra clandestina
de los dioses,
el mar adolescente:
fue tu vida esa vida
perpetua y semejante.
La mano en la escritura
se apacienta ahora, todos
tus cuerpos en desuso.
Sustancia del pasado
te nutre y das belleza
a una estirpe de polvo.

LA VIDA Y LA BRÚJULA

Borges, diciembre 67

UN día hablé contigo en la penumbra
de un cuarto americano, breve y limpio,
con unas flores blancas de distante
verano (entonces era invierno afuera
y cubría la escarcha el césped).
Bajo qué signo allí nos congregaba
el azar, tarde lo sabría, aunque
nunca de un modo irreparable. Voz
la tuya como el gris del mobiliario,
pausada y firme, iluminada a trechos
por adjetivo insólito o compadre
giro. Frías y pálidas, las manos
subrayan en el aire lo que tocan
tus palabras, y al flojo cuerpo allegan
vida que sólo existe tras los ojos
grandes y ciegos: tu niñez en Suiza,
confortable a tu cuerpo y a tu mente;
la patria entre los libros, ellos mismos
tu patria más constante y valedera:
Ascasubi, Martín Fierro, The First
Men on the Moon o largas noches dentro
del torbellino cósmico que el ánimo
del viejo mellan; Donne, Hawthorne,

Melville, tragos de seis cuerdas, algunos
borradores primeros de tus versos,
o la tersa sustancia de tu prosa,
compacta como el agua y como el agua
moldeable a la forma de tu ingenio.
Y luego el laberinto de las noches
y los días: los muros que te aíslan
el presente: es el tiempo tu materia
y el pasado no basta: ¿qué se pierde
por jugar a inventarlo? Fatigaste
las citas y los nombres: eran clave
su historia de tu vida no vivida.

Atento entrevistaba tu odisea
sin compartirla. "*Y Fidel Castro —dije
Vd. ha firmado manifiestos contra
él.*" "En mi país la dictadura
me persiguió: abomino del fascismo
como del comunismo." Al libre arbitrio
de tu reflexión puse un comentario
irónico. Con torpe petulancia
compromiso exigía donde es lícito
pedir labor responsable, obra bien
hecha, no mercenario tráfico.
Sólo por su obra el poeta la fe debe
arriesgar. ¿Qué otra cosa daba señas
más veraces de ti sino tus obras?
Mas yo por unos actos te juzgaba,
no por tus libros. Y ellos restituyen
al hombre dignidad, si es que éste pudo
acarrear una hostil investidura.

Han pasado los días y sus hechos
locales, vanos aunque en experiencias
pródigos. Mucho aprende el que ama
su oficio, y honestamente lo ejercita
no para aprecio del feriante: para
poner su vida en limpio. De aquel tiempo

la fe subsiste con flexible
amor, dejando el mito a quien pudiera
con estrategia difundirlo. Puras,
tanto como creadas por humanos,
miro pasar ahora las palabras
que el aire desvanece o fortifica
su propio material. ¿Y puedo
con esto reparar cuanto deshice?

Algunas flores blancas en el aire
nocturno de mi cuarto (allí dispuestas
por el mismo destino que juntara
nuestro azar en América) me acercan
tu voz y tu figura: un libro breve
y el alma que lo habita. Te comparto
ahora que comprendo cuánto vale
el humano trabajo y lo respeto.
Perdona mi mezquina estupidez.

DIAPOSITIVA

EL sendero transcurre
gris por el verde pasto;
crecen algunos árboles
violetas y oro seco,
con un pie en el otoño.
El aire aún no es frío,
sí luminoso: colleges
rojos bajo unas nubes
blancas respiran música
y vida como el ala
de un ave; se oyen cuerpos
disueltos en la yerba,
sin voces, sólo aliento.
Atardece septiembre.
(Objetos que me dieron
pesadumbre y fe: ¿existen?)
*Como si ya no fuera
lo mismo, pobre diablo.*
Cuando el tiempo se agrieta,
un fantasma recorre
la proyección del campus.

[MEMORIAL DE UN PERSONAJE
OSCURO]

TYGER, TYGER!

DAS vueltas como sombra
en el bosque nocturno;
asco y bilis te inundan
de viscosas presencias.

Miras pasar las horas:
espectros; tú campana
de espectros: vieja herrumbre,
mellada luz que tañes.

Te cantas a ti mismo:
tu ombligo y sus renunciadas;
las mendigas pasiones
que activaron tus huesos.

Al filo del cuchillo
¿qué esperas extrañado
hacedor? Tus palabras
no te crean la vida.

QUE NO HABREMOS VIVIDO

HAN pasado los años
y seguimos lo mismo.
Mañana es el ayer
duplicado:
un rostro que nos mira
desde el espejo y toma
nuestro sitio.
Sin pasión, sin desdicha,
unimos nuestras nada
veraces como un miedo.
Familiar nos amamos
menos fieramente,
con alguna ternura
antes desconocida.
Buscamos ahí alivio
de la angustia
como el viejo las últimas
brasas por el parque.
Estamos despidiéndonos
conscientes de las breves
estampas que nos quedan.

Mañana será un día
que no habremos vivido.

ACCIÓN NOCTURNA

EN silencio desnudas
el cuerpo que sostiene
el aire: sombra en andas
del día. No es un rito
dejar sobre la silla,
en el suelo, la ropa
sudada: es abandono
que ejecutas al borde
de la sima nocturna.
El agua toca luego
la piel, limpia los pozos
del asco: fiel espejo
te devuelve la carne
indemne; los colores
de una vieja pintura
perdidos, restituyen.

Ya en la tierra lejana
de un libro o de otro cuerpo
amigo, forastero
te contemplas, y a salvo.

AÑO TRIGÉSIMO

NO llueve; no hace frío;
el sol no luce; pálido
el mar; el cielo, pálido;
humo en el aire, sucios

los árboles; las voces
huecas; robots: amigos;
a veces, las gaviotas
—imaginas— dan alas.

Ciudad que te contiene,
forastero. Si anárquico,
a su ley. Nada eludes,
finalmente: uno de ellos.

La oficina; la casa;
el deseo (esa fuga,
ebriedad); mortecinas
imágenes, palabras.

Los versos, los papeles
sin amor (cierta maña,
la inercia). ¿Tuve alguna
fe? Abandóname, máscara.

Dos de mayo. Treinta años,
treinta. Te sobrevives.
Acéptate. Treinta años.
Qué basura, los sueños.

LA PUNTILLA, II

(Pieza para colgar en una azotea)

A Andrea Bizagut (que pintó la azotea)

EN la memoria el tiempo
aquel se ha transformado
en el mito de alguna
edad solar: mar lleno
de presencias oscuras,
al marchitable oficio
de los días ajenas.
(Si por tu ámbito, barrio,
cruza un perro famélico,
nadie diga: el espectro
de la guerra o del hambre).
Pero la arquitectura
abierta de tu cuadro
(el color de los gallos,
de la ropa tendida;
el rumor de palomas
abuchándose; el grito
de la madre que llama
al hijo, desde arriba;
el olor de las cabras
y las flores —amado

y familiar, imagen
de una tibia mañana
de domingo) me acerca
la realidad de viejas
edades. Tu pintura,
qué feria de color,
de sonido, de olor.

El cielo por encima
está de la azotea;
el cielo: esa gran taza
de luz donde los hombres,
las flores, las palomas,
adquieren su más pura
identidad (ah demiurgo,
pasión de los espejos
infieles y perfectos).

Tampoco por este ámbito
ningún perro famélico
transita. Y sin embargo,
contigo, perro fiel
de mi infancia, he vivido
durante muchos años
bajo estas azoteas.

LA PUNTILLA, III

LA noche promediada y el sueño,
nos penetran tus ráfagas salinas;
entrevemos el mar, los laberintos
de la arena y del sol, cuerpos oscuros

donde el tiempo revierte su eficacia
miserable: en el niño, los pretéritos
años del hombre mudan su piel vieja,
y de nuevo las aves migratorias

levantan su textura entre los ojos
y los libros: allí donde el hombre yace
el destino, que extingue el alba.
Volvemos con los signos mercenarios

a indagar en tu asedio, y nos humillas:
no cedés claridad de lo vivido,
lo creído o soñado. Al Ser despierto
eres un dios sin fórmula invocable.

LA MÁSCARA

MEMORIA del retrato
que perpetúa, al filo
del futuro, los cuerpos
en dócil compostura,
atavío mudable,
ángulos y torsiones
distintas: varia muestra
en función de estar vivos:
mano de amor, piado-
samente preservante.
Como un dios en sus pliegues
el tiempo nos cobija.

Y es la máscara sólo
lo visible a los ojos
del fiel: escombros, tema
de pesar, de nostalgias
familiares: veraces,
luego exiliadas huellas
donde apunta la ortiga
y el silencio.

Mas somos
hechos a nuestra imagen.
Siendo continuamente,
seguimos (tal el sueño
hacedor del azar
deparado). ¿Y qué vida
más cierta de ambas vidas?

LA PUNTILLA, IV (La Torre)

LA memoria más fiel
que tú. Vuelves la página,
la luz allí persiste
como una voz en sombra.
Un lugar de partida,
un punto. Muerto andando
al galope, el origen
de ese sueño olvidado.
*(Edifiqué la torre
como quien crea un rito
para albergar la estirpe
de su fe).* Tú conoces
los cimientos del alba.
Más allá del insomnio
la oscura incertidumbre
de saber. *(Días y noches
ejercité mi oficio.
Eso dicen mis manos
y mis ojos: aún).* Barrio,
clamores, luminarias
de sal. Tierra pretérita,
no jardín ni delicia,
fe: llave de plata
para regresar. Bajo
la memoria, más fiel
que tú, yace la torre.

CHACAL SOLO

AHORA, frente al vacío
callamos. Como ciegos
al sol, sólo sentimos.
Ajeno dios, el mundo.
Es un hábito extraño
vivir, llevar el paso
del tiempo. Andan los días,
su materia de espectro
gastándose y volviendo
a crecer. ¿Qué exigencia
de pureza requiere
nuestro azar cotidiano?
Ni un aroma inventamos
o intuimos: espejos
de palabras borradas
por el polvo y los siglos.
El verano y la lluvia
doblan por nuestros sueños
—huéspedes de la nada.
Somos el chacal solo
rondando en el desierto.

30

PAUSA

HE trabajado apenas
esta tarde. Miraba
el techo, los pájaros,
las islas. Nubes dóciles

en mis manos: frotaban
indolentes los dedos
su piel, casi guitarra
violeta, igual a sombra

de pájaros, de islas.
Crujen gavias y remos,
huelo el mar, el mar. No hice
otra cosa en la tarde.

HACEDOR

EL ritmo de los días
adormece la mano
y los ojos. El viento
golpea la ventana.

Un polvillo de nieve
ordena lentamente
el papel. En la puerta
te has detenido, extraña.

Antiguos soles, islas
no alteran la penumbra.
Oxidada veleta,
chirrían las palabras.

MAKING LOVE

CON la inútil pericia de mi cuerpo
te amo,
a ti que estás distante y agradeces
mi castidad.

Repito la memoria
los gestos agresivos y rituales,
las palabras, las hondas resonancias
del aire.

Mas ninguna
fuerza humana aproxima y mezcla
tu olor al mío solitario.

Madrid

SOCIOLOGÍA DEL ARTE

AQUÉL, como otros días,
regresaste a tu casa
ya caída la tarde,
cansado, hambriento, harto
de perseguir las huellas
del ciervo.

Te sentaste
junto al fuego; tus hijos,
tu mujer te miraban
frustrados: el ciervo,
¿cómo es?

(La delicia
crujiente de su carne
tocada por las llamas
apenas; sobre el cuerpo
el vigor derramado
de la grasa; el sosiego
nocturno del estómago
aplacado).

Del fuego
casi extinguido, coges
un tizón; en las llagas
de los pies mojas uno
de tus dedos: y trazas,
torpemente y con furia,

en la piedra convexa
del techo, la silueta
ágil, esbelta, huidiza
del ciervo: deslumbrante
magia de la impotencia.

De

CUADERNO GUANCHE

IDENTIDAD, I

(Momia de guanche en El Museo Canario)

A Néstor

MIRÉMOSLO callados.
No preguntes ¿qué es esto,
papá? Yo no podría
infringir su silencio.

Mas contempla sus ojos
muertos, y nuestros ojos
vivos. Por su luz misma,
no extinta, reconócelo.

35

GÁNIGO*

Beauty is truth, truth beauty.

JOHN KEATS

BAJO tu piel persiste la frescura:
intacto te conservas
como vida en el frío.
Un nuevo aliento espera

para cantar tu voz aplacadora.
Si mis labios se acercan
a tus ásperos bordes
agua limpia de acequia

sonará por mi pecho.
Nada en ti nos descubre la belleza.
Pero oculta en tu forma, aún la vida,
la esperanza de un pueblo alientan.

ALGO ATÁVICO SUYO

SIEMPRE que cruzo el mar entre las islas
pienso en los hombres que vivieron
en ellas antes que nosotros:
bereberes de un norte luminoso
aún no oscurecidos por la arena
y el sol. Aquí los trajo
el azar migratorio
—guerra, hambre— y se quedaron
prendidos a esta tierra pródiga
olvidando el desierto —y la manera
de regresar.

Al margen
del mundo, pobres y quizás edénicos,
transcurrió su existencia, detenidos
en la piedra y en su mísera
utilidad. Durante largo tiempo,
desde sus altas cuevas mirarían
la penumbra violácea de otras islas,
cerrando contra el sol el horizonte
del mar —sin que pudieran alcanzarlas.
Su sentimiento ¿era entonces
el del hombre frustrado? ¿O defendía
con convicción su soledad
arisca, único ser
de su universo suficiente?

El retraimiento fue acaso orgullo
y drama: ensimismados
vivieron hasta que otra raza,
más fuerte y práctica con ellos
acabó, dispersando
incluso su memoria.

Mas, pese al exterminio,
algo atávico suyo
permanece en nosotros: la impericia,
o la desgana
para navegar: nunca vamos
más allá de nosotros mismos.
Como la de ellos, nuestra cueva,
su dintel soleado,
es límite del mundo.

COLGADA EN MADRID

EN el Museo Español de Arte
Contemporáneo —muestra
de cuanto deleznable han hecho
los artistas hispanos en los últimos
decenios— hay, como excepción, un cuadro
de Manolo Millares, titulado
Asesinato del amor. Se trata
de una arpillera roja,
negra y blanca, cruzada
por el relieve tumultuoso
de un personaje caído.

El pintor quiso allí plasmar la angustia
de un ser deteriorado
por la violencia: mutilada
su identidad, sombra de nadie, el cuerpo
está desvalijado de su rango
humano: el hierro, el fuego invasores,
han transferido su basura
informe a ese bulto
hundido y humillado. Qué distante
de esta figura sus paisanos,
la tierra donde asirse. Vive, pero
cuanto contaba en su existencia
—honor, deseo, fe, alegría— es un borrón bajo la sangre

seca: la dignidad acribillada,
oprobio que no cesa.

Cuando Manolo se propuso
ejecutar esa pintura,
no faltaban modelos
a su alrededor (todos
los coloniales somos suficientes
modelos de hombres rotos). Sin embargo,
aquel muñón ensangrentado evoca
la momia de un nativo isleño
prehispánico. Colgada ahora
en Madrid, es memoria que recuerda
al exterminio de una raza.

De
DESTINO

[LAS AVES]

Para Alonso Quesada

Querido Rafael: En estas páginas no se te nombra. Sin embargo, estás presente en ellas. Tu ciudad lenta y gris, con calles que salen de tu corazón, es mi ciudad de polvo y nubes, en el mismo infierno atlántico, incluyendo un idéntico fantasma rencoroso y amarillo que la recorre.

Pienso que algunos de los versos que siguen podrías haberlos escrito tú. Y ese pensamiento me causa a la vez complacencia y resentimiento: complacencia: porque mi estima por ellos se beneficia de un reflejo —aunque débil— de mi aprecio por ti; resentimiento: porque entiendo que si tú los hubieras escrito me habrías relevado a mí de esa tarea mortificadora.

Pero, como ves, he aceptado su inevitable escritura. Y esa actitud de resignar al destino como fatalidad inexcusable también la debo a tu ejemplo. Confío en que pienses como yo, condenados como estamos a ir juntos —molde y estatua de semejante tierra y dios. Pues al margen de méritos ocasionales (asunto para vivisecciones de eunucos diligentes —según un amigo nuestro la belleza es común y fortuito su hallazgo) somos iguales en esto: ambos hemos aguardado con desbordada paciencia el velero que no pasará jamás del horizonte.

Estas páginas, entretenimiento de esa vigilia expectante, son para ti —sí me haces el favor de recibirlas.

DESTINOS

(Las Palmas, siglo XVI)

EN la orilla se extiende —larga
y gris— la ciudad, dando
la espalda al mar. Mira a unas lomas
ocres. Sobre ella, el cielo filtra
a través de las nubes
de plomo, una luz pálida.
Quietud de mármol, el aire.

Los días aquí pasan como graves
ruedas de carros sin chirridos.

La ciudad silenciosa sólo altera
su ritmo cuando algún navío arriba
al puerto —breve estancia
en su camino a otros lugares.
Hay entonces trajín, curiosidad,
alarma, alguna risa
discreta —como sombra en la ventana.

Después la vida vuelve a su fulgor
cansado —de lectura para mí,

de inacción para mis paisanos.
Desalentados
bueyes halan la muerte.

Una ciudad, la mía, de destino;
una vida, la mía, sin destino.
Un espectro, mi pueblo, sobrevive.

LAS PALMAS, 1529*

HANES Cantor y Enrique
Oldaiszer, dos flamencos
llegados a Canarias
para ejercer su oficio
habitual de comercio,
el martes, treinta y uno
de agosto, fueron presos
y conducidos ante
el Inquisidor, Luis
de Padilla, en Las Palmas.
Ambos eran culpados
de posesión de libros
heréticos: discípulos
de Lutero, llevaban
consigo la herramienta
práctica de su fe.

Mientras verificábanse
los hechos y evidencias,
los dos hombres quedaron
en libertad. El Santo
Oficio les previno:
que hasta tanto no fuera
dictada otra medida
al respecto, tuvieran
"esta cibdad por cárcel".

Hanes Cantor y Enrique
Oldaiszer, los flamencos,

deambularon, sin duda,
durante lentos meses
(quizás durante años)
por esta misma Playa
de Las Canteras, bajo
estas iguales nubes
de plomo, el aire espeso
y húmedo. Hombres del norte
habituados al diálogo,
a la razón, al frío
pero social acuerdo,
sentirían, primero
desasosiego, y luego
temor. Impotentes,
perplejos, mirarían
el cerrado horizonte
del mar. Sin poder, solos
y extraños, explicarse
a la gente, el desprecio,
la incomprensión, la burla
minarían su fuerza
moral y su energía.
Y finalmente, Enrique
y Hanes serían sombras:
dos seres anulados
por la ciudad —sujeta
a su Dios y política.

Las actas del proceso
refieren una historia
de naufragios, de equívocos
y de arrepentimientos.
Hanes Cantor y Enrique
Oldaiszer abdicaron
de su fe. No hay constancia
de que fuera preciso
emplear la tortura:
la ciudad lo hizo todo.

FIESTA EN EL CASINO

(Siglo XVII)

ESTA noche hubo fiesta en el Casino.

Allí estábamos todos

los que aquí somos alguien: aristócratas,
profesionales, ricos

mercaderes. Con músicas y risas, el talante

afable y la palabra, celebrábamos

el arribo a la isla

de nuestros gobernantes:

Alférez, Magistrado, y su séquito

de servidores (pregonero,

médico, capellán,

escribano, pintor).

Traen ellos

limpia la bolsa, y el cuaderno

donde anotar la suma en que valoren

el favor que nos hagan (el primero:

dirigir nuestras cosas, dar pericia

—la suya— a los negocios

públicos).

Desde luego, pronto

se esfumarán ambas blancuras,

abonada su hacienda a costa
de nuestro esfuerzo.

Todos
reíamos: reverencias, parabienes,
efusiones de grata
satisfacción por su presencia.

Qué sórdidos los ánimos
de los que allí estuvimos, bajo
la brillantez de tanta podredumbre.

Ahora, en mi cuarto, recobrada
mi personalidad íntima —la de muchos
isleños como yo: hombres desencantados,
hartos de la miseria
y corrupción de este
régimen colonial —pienso en secreto
(mi familia me importa, y mi hacienda)
si no serán las islas
estercolero
de una patria distante y poco nuestra.

¿Lo serán siempre?

41

LÍMITES

HE gozado tu cuerpo
como un trozo de playa:
ese sol en el lecho.

ANOTACIÓN, 2-5-1875

YA no soy el que era. Mi rostro, mis modales
la gente reconoce todavía. Mas, siento
con íntima certeza que algo en mí hay caído:
aquel fervor que sobre los días me elevaba
y su demoledora costumbre. Hoy no vivo,
actúo por inercia. Entro y salgo (la casa,
la oficina, la casa) y lo mismo podría
no entrar ni salir nunca. Las páginas repaso
de algún libro, apenas sin leer. Escribo textos
descoloridos, signos huecos como apócrifos
de mí mismo. Cansado y asustado, me aturdo
buscando en otro cuerpo hundimiento y olvido.

¿Qué me ocurre? Interrogo mis sueños, los propósitos
hechos cuando avistaba la isla (ayer casi). ¿Dónde
está la fortaleza, el coraje —que nunca
iban a hundir desánimos?

Vive y lucha quien quiere;
lucha y triunfa quien puede más brillante o astuto.
Yo no lucho: me aparto sin opción: desdeñoso
de acceder a ese juego bastardo. Y ellos solos
celebran la victoria. Me he vencido a mí mismo.
¿Cobardía, pureza? Ya me dirán, unos y otros.
Si al menos me quedara la fe —esa paz segura.

LA PESTE*

(Las Palmas, 1523, 1524, etc., etc.)

LA ciudad, agobiada
de`nubes, mar y muros.
Está ahí, a nuestros pies,
ahogado entre tres cielos
de iguales complacencias.
Su hedor aquí no llega
—la sombra de estos árboles
donde una pausa hacemos
en el viaje a Teror.

Conversaciones, risas aliviadas.

Cambrelenes, Sorianos, Bravos
de Laguna, Bergasas, Vegaguerras,
Olartes, Armas, Clavijos:
todos los nobles ciudadanos
están aquí (yo, criado de don Diego,
le acompaño por su benevolencia)
en torno a su Ilustrísima el Señor
Obispo y a su Excelencia
el Gobernador.

Hemos cedido
la ciudad a las ratas

y al populacho (muertos al sol, vivos
alucinados tras la sombra
de Santos de madera).

Mientras dure esta
epidemia estaremos
al amparo del Pino
Santísimo.

Al margen del horror,
del sobresalto, con la mente
libre, esos próceres notables
urdirán los proyectos pertinentes
a realizar en época propicia:
seguir luchando por la city,
coadyuvar a su gloria, a su progreso,
a su esplendor (como hasta ahora
hicieron sin escatimar esfuerzos):
serán ésas las líneas
de su acción, al regreso.
Los preserva el Señor para tal acto
generoso, en su mutuo entendimiento.

A poco, la ciudad tendrá de nuevo
el rutilar fastuoso que tuviera
antes.

Y no podrá librarse nunca
Las Palmas de esta gente
—la peste, por los siglos de los siglos.

PINTOR DE BODEGONES

HE trabajado todo el día.
Mis ojos aún rezuman
el hervido goteo transparente
de la luz, el añil profundo
del mar (por la ventana
penetraba el verano isleño) el rojo,
el verde, el amarillo de la fruta
medio mordida en la bandeja.
Nada más mío, sin embargo,
que estas tres tazas blancas
de loza, sobre
una mesa plateada (gris-azul) irradiando
su propio sol interno.
Eso es lo que he pintado.

a Cristino de Vera

EL ÚLTIMO VIANA*

NADA me une a la isla:
su inhóspita cultura,
su sociedad ruin, de políticos
libidinosos y escritores
mezquinos, comerciantes
avaros, sin espíritu de empresa,
sacerdotes celosos
de rango como dioses
—en la penumbra el pueblo amorfo
¿aguarda?— me alejaron
de allí dichosamente.

Nada me une a ese colectivo
falto de fe, de espíritu impotente.

Pero en mi exilio estéril
—nada he escrito después de mi *Poema*—
echo de menos algo indefinible
que mi ánimo dispone a la escritura.

La idea está ahí, enriquecida
por treinta años de viajes, tierras, gentes,
costumbres: experiencias
nuevas que han hecho grande
mi horizonte marino. Mas no salta

la chispa necesaria
para que mano y pensamiento
trabajen al unísono.

¿Qué hechizo tienes, isla amarga?
Contra él se desploma
la voluntad más libre.
Nada me une a esos seres
que en ti vegetan, astillados
por sus propios rencores.
Mas mi mente arde sólo
en tu aire: necesito
volver —ciego a su lázaro.

LA PUNTILLA, V

LA calleja de polvo
y piedras: el mar. Vuelve
esa antigua miseria,
delicia. Brusco el aire

arremolina cuerpos,
voces que suenan como
sinuosas algas verdes.
Una armadura débil

la memoria: los simétricos
pasos no los replica
el eco propio. Hablan,
dicen un nombre incierto.

Uno de ellos, te inventan.

ARENA

TODAVÍA en las sábanas
está la arena de ayer. Llena
huellas de cuerpos compartidos. Ahora
frías. Mas si las tocas
con dedos que recuerdan, cada
partícula llamea
como un sol de verano.

ISLA REAL*

WILLIAM Wordsworth, en una breve
composición, aclara cómo
la belleza que admira en una
mujer, no sólo es la belleza
que ella realmente tiene, sino
también la que él ve, o cree ver, en ella.

Aclara Wordsworth en sus versos
una verdad obvia: el poder
de la imaginación para alterar
la realidad: existe
—y a veces con vigor más poderoso—
aquello que alguien cree que existe.

La lección —hasta entonces
inadvertida— de esos versos,
me ha inducido a ver
con un sesgo distinto
los que yo he escrito sobre la isla.
La imagen que aparece
allí de ella —invariable hosco
el celaje, y el aire
herrumbroso— quizá no es tanto réplica
de la realidad cuanto
proyección de mis propios odios:

construcción que despliega
la fantasía en forma
de reiteradas frustraciones,
dudas, envidias, ascos.

Con tales exorcismos, ¿la memoria
conjura sus fantasmas?
Tal vez su permanencia, el equilibrio
de sus alternativas
recidbe allí —como las propias heces
residen en el fruto:
verdad y ficción funden,
muerte y amor, su vasta
imbricación indiscernible
—isla amarga, existes
para ser transformada
en podredumbre, lo que acaso eres.

De cualquier forma es ésta
una visión indestructible
—tanto como yo mismo (y tan real).

[FIGURAS]

III. PLAYAQUEMADA

Paisaje y dedicatoria

*En este aire, amor, la isla
sube gradas de fuego, esculpe
alegorías, formas
para el sueño de un ebrio
de sol: es erizado
luminar, negra
pátina donde trama
la mente signos como **esponja**:*

*¿quién sino tú que atisbas en presente
esas vacilaciones de lo oscuro
por erigirse debes
estar más cierta de que sólo
hablo conmigo para ti?*

I

Ico

Los días de la playa,
hechiceros, su acre
sabor de hierro y fuego
en los muslos, acceden
de nuevo a la memoria:
llamarada y su círculo
mágico: sal y algas
cuyo fulgor no cede
a la sombra: insiste
su saliva, el salvaje
cabello, el cuerpo blanco
y firme sobre el mío.
Era placer, fatiga,
remordimiento leve
al final, cuando llena
de arena y sol volvía
a casa, con los míos
(¿y él no era también mío
y yo suya? ¿qué vínculo
de posesión más fuerte
que compartido amor
o deseo? ¿un filo
hay capaz de sajarlo?)
Remordimiento, pero
¿arrepentida? Nunca
he vivido otros días
colmados como éstos:
la exigencia del cuerpo
más fuerte que razón
de estado, retraimiento
de raza: aquellas rocas
y su amparo furtivo
son carbones que ensanchan
de luz mis noches solas.

Luego la nave, el mar,
las estrellas que borran
con su mano de nieve
cuanto el hombre enajena
a la muerte: amor, goce
ebrio de los sentidos.
Tanto ardor para ser
cuerpo dejado libre
el vacío delirio
—dura joya de fría
y solitaria suerte.

Persiste el hijo, vaga
apariciencia del padre,
alto y claro. La gente
repara en ese extraño
esplendor, y exige
para su salvaguardia
mi fe, su profesión
de sangre, genuina
pertenencia a lo nuestro:
la historia, el dios, la tierra
propias: ¿un subterfugio
que enmascara el temor
de sus almas? Hay algo
en ellos que sugiere
un espacio de afecto
colectivo, tal muro
ante el agua. ¿Lo quieren
de mí? A sus espíritus
sosiego llevaría
el que saliera indemne
de esta cueva incendiada.
Mas detesto la farsa:
su éxito significa
negarle a la memoria
de mi cuerpo sus días
de más exhausto triunfo.

Pero ¿y mi hijo? ¿no es él
quien decide aquí suerte?
¿forzaré su destierro,
la cruel lapidación
de sus expectativas?

Dame, Huga, esa esponja
húmeda, mi renuncia.
Que viva entre los suyos,
reine y ame con ellos,
isleños de exterminio.
El humo salvará
su estado, pero al tiempo
ahogará el dulce y áspero
sonido del pasado.

CORO I

(Nobles, sacerdotes)

EL destino forzado
tiene un nombre: Huga. Nada
ocurrirá en la cueva
que no hayamos previsto:
Ico saldrá intacta
de ella. En cuanto el rito
se satisfaga, el pueblo
creerá. La incertidumbre
que lo para y divide
dará paso a su fe
doméstica. ¿Qué importa
la estirpe del que reina?
Lo importante es el hecho
mismo de reinar: cuando
la Institución es sólida
y eficaz su instrumento
ejecutivo, valen
todos para asumirla:
en ella se sustenta
como carisma innato
la bondad del sistema:
la sustancia es legítima,
también el que la absorbe.

El cambio es la aventura,
el riesgo innecesario:
el poder, su apetencia,
desmanda incluso ánimos
austeros. No es un orden
nuevo lo que altera
la estructura maciza
del estado: éste apenas
se conmueve al injerto.
Lo grave es la secuela
de naufragios que trae:
bajas, desplazamientos,
depuraciones: manos
dispuestas a usurpar
patrimonios, a urgir
retribuciones; voces
que demandan la pública
compensación de méritos
contraídos.

Sin embargo,
continuidad entraña
prudencia, equilibrio
ecuánime: persiste
cada cosa en su sitio
consagrado: ¿qué método
mejor de convivencia
para un pueblo? Dios mismo
¿no es ejemplo de inmóvil
permanencia?

Por eso
impulsamos la farsa,
responsable tarea
conductora, obviando
escrúpulos o éticas
que perturben el hecho
político, su eficacia
pragmática.

Objeto
de nuestra acción ha sido
limpiar la Monarquía
de sospechas heréticas,
cierto. Mas, excediendo
tal fin, hemos querido
librar a la nación
del caos: la estrategia
pertinente conduce
a este fin primordial:
un cetro, un orden, una
voluntad colectiva.
La armonía de un pueblo
¿no vale una mentira?

Entra, Huga, en la cueva:
anula para siempre
los días de la playa.

III

CORO II

(Pueblo)

AQUÍ frente a la cueva
donde Ico y el fuego
duramente batallan
atentos aguardamos,
mas sin temor: el rito
será satisfactorio
tanto como solemne.

Los días de la playa:
todos sabemos de ese
trajín. Si insistimos
en que se nieguen, sólo
es por salvar la forma:
un pueblo es su costumbre,
su tradición, sus leyes.
Violar esos principios
inmutables conlleva
desorden, la discordia
civil —que a tantos tienta
emboscada en la furia
restauradora. El juicio
de Dios es más sensato,
de coste menos grave:

a su fallo apelamos.
Y si él accede ¿somos
alguien nosotros para
contrariarlo? Es designio
suyo que se redacte
a fuego su ley en esta
tierra. En su habla nocturna
escrito está el destino
de este pueblo: las grietas
que abre el volcán se leen
como palmas de manos.
Los augures secretos
(públicamente nada
se comenta) prevén
un estruendo de naves
marciales, hombres, bestias
incógnitas.

De nuevo
el mar es un camino
de acceso: su confusa
rosa se abre en la orilla
de nuestras playas. Somos
comunidad aislada,
espacio y tiempo ajenos
al mundo: nadie puede
ser diferente cuando
la tierra es ya pequeña
para el que manda.

Días
de aflicción, de roturas
familiares, exilio,
sangre y muerte, los nuestros
verán: del norte azul
fluirá un atroz río
bajo cuyo zarpazo
cederá cuanto amamos.

Pendiente ese holocausto
¿qué importa Ico y su cama
de amor al extranjero?
Dejemos que los nobles
y sacerdotes hagan
comedia en beneficio
suyo, fingiendo hacerlo
al nuestro. El pueblo sabe.
Y ante tales certezas
¿qué hacer sino aguardar
unidos?

Si alguien debe
morir en soledad
para que pueda el pueblo
morir junto,

Huga, mano
divina, actúa rápido:
que a tu hechizo perezcan
los días de la playa.

IV

EL navegante

Encontrarse es un brusco
estertor, un son breve
de cuerpos que entrechocan
ocasión y deseo:
los labios y las manos,
los sexos desmenuzan
ese rito primario
—segregados de cuanto
alrededor zozobra.
Luego tiempo y distancia
socavan la locura
como un topo la tierra:
el delirio de entonces
es un eco vacío.

Yo no fui pasajero
de aquel cuerpo: mi arraigo
era allí firme, tanto
como un ave a su círculo
de vuelo. Pero el dado
de la guerra es mi oficio
—ejercido sin odio,
sin pasión, tal mecánico
de su arte. Impulsado

por fútiles lealtades
dejé tu cuerpo, patria
mía (el hombre ¿qué patria
tiene aparte de un cuerpo
de amor, su manta viva?)
yéndome en un azar
de juegos mercantiles.

Piedad, violencia, duda,
alegría insensata,
palabras que se adhieren
no a su sentido, al hueco
de su fe: aquellos días,
los días de la playa,
me acompañaron: cuerpo
imaginario, distancia
irreparable, que anulas,
luz tensa como arco
de las olas y el aire:
en mi exilio de hierro
su aroma era la piel
de un vívido verano
isleño: suave ovillo
cálido para el lodo
guerrero.

Ahora vuelvo
a la isla, extinguido
el plazo de la acción
(brazos caídos, opacos
los ojos, flojo el ánimo
—hueso que ya hasta el aire
parte): Servidor fácil
de un Señor ¿qué tengo
más que hazañas y pruebas
de ardientes jeroglíficos?
De tanta gesta altiva
tu recuerdo es mi única
victoria fiel.

La isla,
la mujer ¿qué habrá sido
de ellas? Años estériles
colmados de sucesos
acianos —invasión,
exterminio— alejan
mi figura lisiada
de aquella adolescente
que buscaba insaciable
las rocas, el abrazo.
Cuánta herrumbre crecida
—luto y odio ensanchando
el inhóspito arroyo
del tiempo.

Sólo intacta
la memoria, regreso
no a recobrar el cuerpo
crepitante (no existe
ya esa hospitalaria
vecindad), sino a ver
en su última injuria
—vejez, derrota, muerte,
los días de la playa:
sorda arena de nieve.

V

(Ico en el umbral de la cueva)

CORO II

Se justifica nuestra
fe.

CORO I

La unidad nos salva
de la ruina.

CORO III

Asumimos
nuestro destino: el cuadro
nos integra, actores
para un fondo de espejo
donde podrías —diálogo
entre idénticas sombras—
aparecer.

ICO

Ahogado
por el humo, el recuerdo
llora en mis ojos, hijo,
los días de la playa.

CORO I

Conservar: eso incluye
permanecer: el tiempo,
sus dotes circulares,
nuestro mejor pretexto.

CORO II

Tu semejante, el otro,
la distancia abolida,
te observa y te designa,
heredero.

Ico

¿Qué cielo
de sus cuencas vacías
recogerán mis ojos?

El navegante

El mar daba al rodar
de nuestros cuerpos música.
Él me contempla: página
especular, transcribe
metamorfosis, signos,

espacios, mi existir:
la memoria, su imagen
aún móvil en mis ojos.
El mar nos mira: muerto
el tigre permanece
un esplendor de manchas.

[PROPOSICIONES]

EL ASUNTO DEL POEMA

LA rosa del espejo
no es menos cierta que la rosa
del búcaro, y ambas
no más veraces que la rosa
de la tierra, la lluvia, el orden.
Las tres están en el esfuerzo
que asume el blanco de la página:
su realidad se organiza
como un tríptico sobre
la integridad del escenario: ella,
la mente y la escritura.
La poesía no es el asunto
del poema: es la rosa —ese punzante simulacro
de la rosa del mundo.

COM FAUST*Qui no l'haurà invocat?*

GABRIEL FERRATER

ES, como dices tú, una salida
fácil, y más que fácil: discreta, sin bullicio,
en la íntima penumbra del estudio
—tabaco, güisqui, libro, la lámpara
de sobremesa atenuada
por un paño. El lugar es éste, ésta
es la puerta trasera del conjuro.
Por la línea feliz ¿quién no lo diera
todo? Mas ¿para qué precisa
hacer el diablo pacto con un alma
que día tras día prostituye
su realidad tras un ambiguo
azar de signos? Suya es sin que nada
tenga que dar a cambio.

¿UNO DE STRAFORD UPON AVON?

ESCRIBO con la fe de que el anónimo
respetará mi vida. Seré nadie,
un ser de vago origen, de improbable
nombre, de fe y oficio ambiguos. Todo
cuanto a mí se refiera tendrá entorno
de piedra fragmentada por el aire
y la lluvia: lugar para las aves
y el exilio de un dios que vela el rostro.
Así, no arrugará mi cuerpo el tiempo,
ni la muerte sabrá que alguno existe
ajeno a su trajín, pues ése vive
solamente la vida de sus versos:
un cuerpo juvenil cruzará el alba
siempre que el ruiseñor cante en mi página.

EL ESCULTOR DE KEATS

*Heard melodies are sweet; but those unheard
Are sweeter.*

JOHN KEATS

ÉL no tiene otro don que el de sus manos
y la atenta mirada. Le da envidia
el poeta —amo de sueños y de vidas,
rumores y destinos. Sin embargo,
con la fe misma que se inclina bajo
los ojos de los dioses, con la misma
pasión que toca un cuerpo joven, pica
la superficie de ese fresco mármol.
Allí corren los hombres tras doncellas
que fingen esquivez; la flauta rústica
sopla un mozo; el tambor otro golpea.
Triste, ve tanta algarabía muda.
No sabe que otro hombre, en otra lengua,
hará de aquel silencio una gran música.

53

ESTACIONES, I

I

NADA hay afuera
real. Miro lo
que está dentro: perfecta
belleza de un
vacío que se mira.

II

Por la mañana
el campo es una lámina
de agua. Los cuerpos
en su silencio
cálido se enlazan.

VIII

Volver al laberinto
con otro poco
de luna. ¿Hay
para los dioses
más sitio que este hedor?

X

Miro con fiel coraje
lo que me cerca:
¿no podré ser
nunca otra cosa más
que escritura?

EN EL LUXEMBURGO

1914

VIEJO, camino por el parque
buscando el poco sol que un cielo
hoso permite. Melancólica
escritura este diagrama del invierno.
Nunca pensé mi autorretrato
así, que concluyera
con tan borroso material
—desgana y sueño. Ahí ¿quién soy?
Ya no un hombre de acción y hasta cansado
para pensar. Podría —con el recuerdo
ágil si lo tuviera,
evocar tierras, hombres, lances, la magia
de renunciar a ese poder
del leopardo. ¿Para
qué revivir ficticio cuanto acaso no pueda
dominar como entonces? Alguna entre esas sombras
haría guiños disolventes. Déjalas.
Mi cuerpo y yo somos el único
asunto a la intemperie para el texto. Menciono
la muerte, ese aire que la corre
conmigo por el parque, el arduo
trabajo de mis piernas, la sangre ruidosa,
los ojos titubeantes, casi inciertos

como bastón, etc. Del otro
la soledad del cuarto que lo crispa, el sueño
rasgado a la memoria —araña que ablanda
la penumbra ¿y esa
constelación de signos que se enfría
sobre nadie, el almendro? Confuso
me acoge un banco y da respiro.
Las hojas trazan círculos
como mi mente, el oleaje de la isla
enciende en bronce mi niñez
cercana tanto que sus labios me conmueven.

Sonríe a las gaviotas.

LA PUNTILLA, VI

RECUERDA días
de piedras salpicadas: hombres, velas,
el sol como la araña que desteje
nubes —uno en la orilla
entre otros cuerpos que se alongan
desde el pasado: esplendor
oscuro y bullicioso.

Articulaba

allí el tiempo un lenguaje
común —y esa sustancia
daba sentido y experiencia
a las figuras: parte
de un lugar, de una casa, de un hechizo
ritual y cotidiano

—ahora un signo

desmantelado: seres,
objetos que han perdido
su memoria civil —y se diluyen
en la ciudad sin hábitos: fantasmas
a los que erige la memoria
pesadillas de exilio.

EL ÚLTIMO ULISES

¡Qué absurdo es detenerse, admitir un final...!

ALFRED LORD TENNYSON, *Ulises*

YA viejo y retirado no apacigua
mi ánimo el ronroneo de los nietos,
ni mi mente se calma en el gobierno
de la tierra. Otros surcos su rutina
invoca, y el arado esa otra quilla,
la nave. Disfruté con ella el cuerpo
del dios que me otorgara el más violento
azar: vivir la fe de que la vida
es digna y bella. Ahora siento frío
y sueño; crujen mis oídos; tramo
para mi gente historias que no acabo
nunca —recomenzando a su sonido.
Pero mi sitio es éste, y aunque hablo
del mar, también la muerte es un destino.

DEDICATORIA [A MI MUJER]

*OBSERVO tu perfil —que tiene
 la erguida transparencia de la roca
 y compruebo
 que los años no han hecho
 sino consolidar su fuerza: el tiempo
 fragua en ti como
 en la estructura de una casa: somos
 ya casi viejos y dolientes (acaso
 los días más hermosos yacen
 consumidos— y no sabíamos que eran eso
 cuando desarrollábamos su trama
 de placer y fatiga (así el recuerdo hace
 perfecta su belleza)
 —pero el futuro
 lo mantienen las líneas
 de tu rostro —arco
 donde se apoya el andamiaje
 de la fe: tanto que me has otorgado
 y aún: hemos vivido juntos
 y confío
 que la nada que viene también tenga
 las líneas de tu rostro —mi destino.*

De
QUE GIRA ENTRE LAS ISLAS

QUE GIRA ENTRE LAS ISLAS

VII

El verano —esa página
solar de viejo rito,
se despliega en las crines
del mar: a su galope

entrevemos la música
de los cuerpos que fuimos
—cuerpos de otras edades
que se ofrecieron sobre

la misma arena blanca.
Ése que eres comparte
aquel jadeo —siente
la oscura voz del otro.

59

ESTACIONES, II

I

LA primavera
aquí sólo es ficción
del almanaque
—isla imperturbable
parada en su metáfora.

III

Algo que suena
como un rayo de sol
entre los pinos:
la mente hace el diseño
de un ave —y el ave canta.

VIII

Áspera lengua
solar: tocas el cuerpo
y lo oscureces
—luego, en el cuarto, alumbra
como un ídolo de oro.

XIII

Suave plata
quemada por la lluvia
del mar —su cuerpo
tiene también tu frío
azul, luna de otoño.

XVI

Melancolía
—¿me atreveré a nombrarte?
(¿con qué otro signo
traduciré este leve
vacío que me ahoga?)

XVIII

Sobre la página
reciente, tus usuales
sílabas tienen
olor de frescos leños
quemados de memoria.

FINAL DE UN DÍA

FINAL de un día, cuando nadie
quiere salir de casa, y cierra
a la intemperie su mente —abre
si acaso un libro blanco y deja

que el día práctico penetre
con otra música —la página
no real —y todo permanece
en su lugar: lejos el agua

del fuego, lejos la conciencia
del hecho —viendo caer la sombra
lejana sólo allí en la extensa
imagen: aún la luz se posa

en el cristal, cálida —y salta
de pronto el hombre, el sol, la casa.

ANIVERSARIO

SAN Borondón
—su escritura es un pez
y la cifra de un sueño.

Lleva a bordo las islas
rojas, los días libres,
cuerpos de oro y árboles.

El marino y su fiebre
oyen cantar los pájaros
—sol de la noche extrema.

Y corrige el destino
de la nave —hacia el son
de la tierra entreoída.

Buscará siempre en vano
—mas aquella canción
mantendrá el viaje vivo.

Tú eres San Borondón:
has llenado mi mente
—pero estás en mis brazos.

Agosto 81

VERSOS PARA UNA PIEDRA NEGRA

I

APENAS tienes cuerpo —giras
a una fluyente algarabía
de seres: tuyo es el espacio
de nada, abierto como un sueño
(la mente, reino de inmóviles
goces: el sol, el aire, el mar
vibran en ojos que no existen:
amor ¿conjuras a la muerte
del cuerpo, llamas? Aquí escucho
mi voz, —un cuerpo solitario
que apenas tiene cuerpo —mío.

II

Ése es el Otro —cuerpo mío
exhausto y solo— tensamente
plegado mientras me contemplas
tú —al borde mismo de la nada
tuya —no haciéndose de goce
como el dolor, sino de pérdida
desamparada. Mi otro cuerpo,
tú, más allá de cualquier límite
humano tolerablemente:

triste, regresas de la muerte
crucificado al cuerpo que amas.

III

Tú y mi cuerpo —ese rito
de penetrar —la nada, el alba
en los cristales que se caen
sobre las sábanas: ¿qué escucho
bajo tu piel: mi sangre, la
duda, siempre la certeza
del fuego —extinto, mas perenne
como un infierno que gira en
mi mente. Claro y frío, el ángel
desciende y deja en nuestros miembros
ese sabor de leche y muerte.

IV

Giras, qué hacer con este tiempo
que expolia el cuerpo como un terco
animal —dónde situarte,
amor, que nada prevalezca
sobre tus manos (tibias manos
del sol) la piel que te acogía
a ti, soporte: mar de firme
orilla: aquí el antiguo centro
de ese universo dobla por
mí —uno que lucha y pierde el ritmo
del tiempo —el hueco tan dispuesto.

V

La luz, la luz tendida arriba:
como una flor que gira, sigues
su aparición: el ritmo crece
en ti, genera el día, el ruido
de su discurso —el cuerpo entra

en ese espacio donde viven
su intensidad, fe suficiente
de su destino cuerpos otros
conforme al tiempo que lo impele
(no eres la piedra negra y mate
y allí un nombre: eres la luz: luz).

63

MELANCOLÍA DE ANIVERSARIO, II

ENVEJECAMOS, cuerpo mío
—y qué terrible envejecer
si no envejece otro contigo.

EL ACORDE

ESTÁS conmigo, amor, en esta cama
que ya no estás: la asimetría,
como un diamante multiplica
la realidad: tu espacio trama
ese vacío —mas entre las sábanas
despojadas, la mente identifica
signos, la cicatriz antigua
de gestos, el olor de una gran playa
de agosto. Aquí vibra conmigo
la arena, el sol que no desciende
a las lágrimas: ¿cuerpo al que la muerte
aisla tras un muro sin sentido?:
estás conmigo, amor, no busco nada
—el acorde de dos es una página.

LA PUNTILLA, VII

NO sé si fue real
el hecho de tu lengua
de sal en el pasado —o has existido
sólo como excusa
de la memoria —algo
que al papel conjurara
su indefensión
—uno que silba para huir del miedo
y recuerda otro niño
astuto ante la vida —que recoge
conchas y piedrecitas
(las provisiones del futuro)
y paga inagotable los salarios
de la experiencia.

¿Busco contigo
aceptaciones o respuestas
al espacio expectante
de la imaginación? Como asunto
del poema sobreviven
tus piedras: blanco salquemado
con un tatuaje abierto
—de aguas vivas y barcas y lámparas
que se entrecruzan
y trazan un destino

en la noche —yo mismo: ahí eres
tan real que siento
mi mente como roca
tuya, una con el mar.

De
VERSIONES Y APÓCRIFOS

APÓCRIFOS DE CATULO

I

HAS vuelto, Veranio, de tu viaje
a Iberia. Salud, y bienvenido.
Tu familia se alegra
de verte sano, salvo y acrecido
en saber y experiencias.

Un día
de éstos llégate a casa de Catulo.
Como siempre, allí tienes una jarra
de vino de Falerno, el favorito
a tu paladar, higos de Arabia,
y unas rosas cortadas por las manos
de Lesbia, en igualdad de dones,
que iluminan el aire del cuarto.

Háblale de tus viajes, de las tierras
que habrás visto, de la gente,
las costumbres, los usos, el lenguaje
de allá.

Mas no menciones a los poetas,
esa extraña caterva de individuos

vanidosos, de lengua
rica y obra pobre.

Descríbele tan sólo la belleza
que allá existe, a pesar de esa gente.

II

He apurado mi jarra de vino;
mi cabeza reposa en tus senos,
mi mano se detiene en tu muslo,
tus dedos juegan con mi sexo.

Lesbia, concluyamos
lo que hemos empezado. Luego
leeré esos papeles que me aluden.

Saciado y satisfecho
los analizaré amablemente.
Siempre hallaré utilidad para ellos.

III

Para tu nuevo libro quieres
que te dé cuantas novedades
tenga de exóticas criaturas,
Aurelio. Sabes de mis viajes
a fabulosas tierras donde
seres incógnitos habitan.
El basilisco, el roc, la cruza,
la bauschee, el grifo, la mandrágora,
el manticola, el peretiso,
las corocotas, las harpías
—cuerpos promiscuos cuya estampa
de repulsión carnal compite
con su maldad abominable.
De ellos noticia te he allegado
ya en mis escritos precedentes.

Mas uno existe que en mis viajes
por el Atlántico, en las Islas
Afortunadas (de otra suerte
que padecerlo) he observado:
bípedo implume anda erguido
y nada externo en él suscita
atención: tiene traza humana.
Mas ese aspecto común hace
que si su estudio emprendes, ceda
paso el horror a pesadilla:
pues tales hábitos posee,
tales desórdenes proyecta
alrededor, tales vilezas
expande —espejo de la propia,
que a todo engendro de bestiario
maligno excede, compendiándolos
(especialmente a las harpías).

IV

Hicimos cuanto se pudo, Lesbia.
El que a pesar de todo
velemos un cadáver, es efecto
que originan los dioses con sus causas
inescrutables. Piensa (y consuélate en poco)
qué dirá un poeta de esta muerte:
"El pájaro de oro se ha evadido
por un rayo de sol de la mañana".

V

No me retiro, Lesbia: permanece
tú bajo mí. Las aguas turbulentas
pasaron por nosotros (el hálito
preciso de la vida), y ahora,
indolentes, tranquilos, silenciosos,

al margen de otro mundo que no sea
el de estos muros, continuemos
así, como dos huérfanos
en un parque: perdidos, no buscados.

VII

He leído los versos de este justo
Varón, el hombre más amable
y corruptor de Roma.

No te aproximes, Lesbía:
te contaminarías.

VIII

¿Cómo quieres que juzgue esos escritos
que alaban a un zoquete
corto de pensamiento y simple de obra?

Pienso que siempre hay listos
que explotan a los débiles
vanidosos.

En cuanto a las prebendas,
honores, títulos, etc.

tómalo a broma.
La ganga es manifiesta, y finalmente
volverá el perro a su vómito.

IX

Dicen, querido vate, que ya nada
tienes que hacer en la corte: tu olfato
adulador ha sido
públicamente insultado,

y tu vigor de amante
—que tanto te sirviera antaño,
sólo a dolientes viudas
ahora consuela a saltos.
Un conocido hace
gráficamente tu retrato;
te compara a esos mármoles antiguos:
el pene y la nariz cortados.

X

Este conspicuo lameculos
—cómplice de aquel vate cuyos versos
mixtos de muchos otros
tanto nos divirtieron—

escritor se titula, mas lo es como
antes fue atleta memo,
manipulando plumas y balones
con similares tientos.

Políticos veniales
le designan vocero
y sopista suyo. Él, culebra empedernida,
se solaza en el cieno

(ese espacio común del hombre público
y el amanuense a sueldo)
donde su lengua halla sustancia
para el dicterio.

Si te acercas, curiosa,
a alguno de sus textos,
se insultará tu olfato: sólo expelen
lo que su autor disfruta: excrementos.

XII

Pueda el deseo
de tu carne volver
carne ese mármol
—gozarlo y seguir luego
siendo mármol los dos.

XIII

Tu mano diestra firma
decretos; la siniestra
otros cálamos prende
—cuya tinta es nevada.
Hay quien no estima, necia—
mente, el virtuosismo ágil
de tu mano siniestra
—melómana experta.
Yo te animo: no cese
su actividad —tu lengua
el papel más cumplido.
Mas la otra mano tenla
inmóvil —porque en ti
la siniestra es la diestra.

XV

Coge, por más que cojo,
cuanto su lengua trinca
—vuelo de lo que brinca
al bajar el cerrojo.

XVII*

Viejos ociosos e impotentes
dictan leyes, preservan las costumbres
que impiden a los cuerpos

satisfacerse en lo que aman:
¿tales seres podrán atormentarnos?

Amémonos sin pausa. Aunque los dioses
juzguen nuestra conducta
rebelde y nos castiguen
como a Atlanta y a Hipomenes.
Coge la rosa, amor. Amémosnos
ahora. Después nos seguiremos
amando como fieras.

XVIII

He dejado en tus sábanas
las huellas de mi paso.
Mañana, tus sirvientas en la acequia
dispersarán las manchas. Otro día
me acogerá de nuevo esa blancura.
Es necesaria esta cautela.
Y sin embargo, mientras
camino hacia mi casa,
hurtándome del frío y de la sombra,
pienso que un hijo tuyo y mío
a nadie asombraría. ¿Puede
causar asombro el sol cuando amanece?

Envejeces, Catulo.

XIX

No temas elegir de mi cuerpo
su parte más altiva y firme
como solaz de tu boca.
La lengua
no sólo debe ejercitarse
en la palabra o en el canto

(tan placenteros a los dioses
y al ocio del espíritu humano).

Otras cosas tan bellas,
y más comunes y asequibles
son también de su reino.

XX*

En cuantos viajes hago
por tierras donde encuentre
algún paisano nuestro, sale
tu nombre a relucir, y tu trabajo
en la intriga —que no en la poesía—
como ejemplo ridículo
del mal —que a todos hace
huir, y a ninguno espanta. Convenimos,
Varón,
en que te has convertido
a fuerza de zarpazos
en el vacío, en algo que provoca
efecto semejante
a esa inscripción bufa que algunos
de nosotros, sin otra
malicia, sólo por mero
divertimento, pone
ante la puerta de su casa
para ahuyentar a majaderos:
cave, cane. Aunque aquí tú mismo
eres el can,
el majadero
y la leyenda.

XXI

Escribir unos versos brillantes y agresivos,
delicia de mis huéspedes,
me proporciona limitada
satisfacción.

Deploro la presencia
de aquellos que estorban
mi oficio cotidiano, y me fuerzan
a advertir su ridícula estulticia.

Mi vida sólo vale cuanto te amo,
y mis versos, si expresan ese goce
de amarte sobre el alba y la fatiga.

NOTAS DEL AUTOR A ALGUNOS POEMAS

Se reproducen a continuación las notas a algunos poemas con las que el autor ha acompañado las ediciones de sus libros.

CUADERNO GUANCHE

"Gánigo": Vasija de barro elaborada por los guanches.

DESTINO

(LAS AVES)

"Las Palmas 1529": "Esta cibdad por cárcel". La expresión consta en las actas del proceso de Hanes Cantor y Enrique Oldaisser. Archivo Inquisición de Las Palmas. Legajo LXXXVI 1,2 Museo Canario.

"La Peste": Teror: lugar de veraneo y *retiro*, en épocas desfavorables, de la aristocracia y burguesía canarias. Allí se venera una llamada Virgen del Pino, muy milagrosa y protectora de los que acuden a su Santuario.

"El último Viana": Antonio de Viana (La Laguna, 1578-Sevilla, 165...?), autor de *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria, Conquista de Tenerife y Apareamiento de la Imagen de Candelaria* (1604), relato en verso suelto y octava rima cuyo largo título se abrevia en el de *Poema* de Antonio de Viana. María Rosa Alonso cuenta

en su biografía del poeta algunos de los sucesos por los que éste guardaría ese asco a Canarias —a la gente canaria— que aquí se da como cierto.

"Isla real": Éstos son los versos de Wordsworth:

Yes! thou art fair, yet be not moved
To scorn the declaration.
That sometimes I in thee have loved
My fancys own creation.

Imagination need must stir;
Dear Maid, this truth believe,
Minds that have nothing to confer
Find little to perceive.

Be pleased that nature made thee fist
To feed my heart's devotion,
By laws to which all Forns submit
In sky, air, earth, and ocean.

Su traducción aproximada es la siguiente:

Eres hermosa, sí, mas no por eso
desdeñes esto que te digo:
no pocas veces en ti he amado
lo que crea mi propia fantasía.

La imaginación necesita excitarse,
querida niña: cree esta verdad;
las gentes que no tienen nada
que dar, perciben poco.

Alégrate, la tierra te hizo apta
para ser alimento del pecho,
por esas leyes que a las Formas subordinan
en el aire, la tierra y el agua.

Observará el lector que he prescindido de un "sky" —en castellano *cielo* y *aire* sería redundante; y he transformado un "heart" en *pecho*: corazón es palabra demasiado enfática— y terriblemente larga para la economía del inglés.

VERSIONES Y APÓCRIFOS

"Apócrifos de Catulo"

XVII: Atlanta e Hipomenes se amaron desoyendo las prohibiciones de Afrodita. Ésta los castigó convirtiéndolos en leones, destinados a arrastrar el carro de Cibeles.

XX: *Cave, cane*: cuidado con el perro. He conservado la advertencia en latín —por su economía lingüística y por su resonancia irónica.

Lázaro Santana (Las Palmas de Gran Canaria, 1940). Interesado en el estudio y difusión de la literatura y del arte canarios contemporáneos ha publicado monografías sobre *Plácido Fleitas* (1973), *Pedro González* (1973), *Antonio Padrón* (1974), *Juan Guillermo* (1977), *Manolo Millares* (1974), *Cristino de Vera* (1978 y 1987) y *José Aguiar* (1974). Ensayos sobre la vida y obra de Alonso Quesada (1976, 1980, 1986) y sobre literatura canaria contemporánea. Las ediciones de *Espejo de paciencia*, de Silvestre de Balboa, e *Insulario*, de Alonso Quesada —aparecidas en esta misma colección— completan la bibliografía suscitada por el entorno plástico y literario insular.

Como poeta ha editado *El hilo no tiene fin* (1966), *Recordatorio USA* (1971) y *Efemérides* (1973). *Destino* (1981) contiene tres libros: *Las Aves*, *Figuras y Proposiciones*. *Que gira entre las islas* apareció en 1985. *Cuaderno guanche* (1977) y *Apócrifos de Catulo* (1987) son recopilaciones temáticas de poemas incluidos parcialmente en otras colecciones del autor. Ha traducido a Cavafis —*75 Poemas* (1971 y 1973)— y a otros poetas.

Eugenio Padorno (Barcelona, 1943) reside desde niño en Las Palmas. Es poeta y profesor. *Para decir en abril* (1965), *Metamorfosis* (1969 y 1980), *Comedia* (1977), *Borrador* (1982) y *Septenario* (1985) son los títulos que recogen su obra poética. Cultiva asimismo el ensayo. En colaboración con Lázaro Santana realizó en 1966 la antología *Poesía*

canaria última. Fue el responsable de la edición de *Pictografías para un cuerpo* (1977 y 1981), un volumen colectivo consagrado a Domingo Rivero, poeta sobre el que igualmente versará *Dos poemas de circunstancias de D.R.* (1981).

Residente en París entre 1983 y 1988, "Les Cahiers de Royaumont" acaban de editar una antología de su obra: *Du labyrinthe du monde au monde du labyrinthe*, paralelas a las ya existente en inglés e italiano.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de la primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 29 de septiembre de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

De extraordinaria consistencia crítica, la poesía de Lázaro Santana trasciende lo particular y se hace inteligible entre lenguajes afines de la contemporaneidad; al tiempo que ilustra un vector generacional de la poesía canaria de posguerra, su evolución es mostradora de los problemas estéticos y éticos que han pesado en la creación verbal de nuestro tiempo.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem